

# La Esfera

17 Marzo 1917

Año IV.—Núm. 168

ILUSTRACION MUNDIAL



TIPO CASTELLANO, dibujo de Gustavo de Maeztu





## DE LA VIDA QUE PASA SENTIMIENTO Y "REALPOLITIK"



El sentimiento no puede ser factor de vida internacional. Este pensamiento de D. Francisco Cambó aparece en una serie de cartas en que los más eminentes de nuestros hombres políticos alientan á D. Rafael Vehils y á D. Rafael Altamira para que publiquen la revista *La Vida Internacional* que, en efecto, nos hace mucha falta, porque, como dice el Conde de Romanones en otra de las cartas:

«Puede afirmarse, sin miedo de errar, que los tiempos futuros han de traer á Europa una política internacional más intensa aún que la habida en la pasada etapa, en la cual todos los pueblos comprendidos en el área de la civilización moderna, serán factores, sin que les sea dable á ninguno sustraerse á ella, ni eximirse de sus consecuencias favorables ó adversas.»

Así será. La vida internacional se hará en lo futuro más intensa que en lo pasado. Los pueblos preparados serán los sujetos activos de esa vida; los no preparados, los pasivos. Y una de las preparaciones necesarias para participar activamente en la vida internacional, consiste en conocer el tejido, hechos, ideas y organizaciones internacionales, á cuyo examen va á consagrarse la nueva revista.

Pero ¿será verdad el aserto de que el sentimiento no puede ser factor de vida internacional? Para hacer justicia al pensamiento del señor Cambó hay que empezar reconociendo que no emplea la palabra sentimiento en su significación científica, sino en su sentido vulgar. En su significación científica sentimiento es el placer ó el dolor que surge en nuestra conciencia al aparecer en ella cualquier objeto. El sentimiento no es el objeto, ni tampoco la conciencia, sino una relación de adecuación ó inadecuación entre la cosa (física, moral ó intelectual) y nuestro yo. En este sentido riguroso no se puede excluir el sentimiento de la vida internacional, como tampoco de la vida nacional ó de la vida religiosa, ni de ninguno de los aspectos de la vida consciente, los sueños inclusive.

Pero el sentimiento tiene también como significación popular, muy legítima, la de una emoción de simpatía ó antipatía hacia un objeto de conciencia (persona, acción, obra de arte, etcétera) que no afecta á nuestros intereses materiales. Y en este significado se suele llamar sentimiento á toda emoción que no sea la del interés ó á toda «filia» ó «fobia» que surja espontánea en el ánimo y con independencia de nuestros intereses.

En este sentido, el pensamiento del Sr. Cambó puede expresarse de este modo: «Quiémonos en política internacional exclusivamente por nuestros intereses y no por nuestros afectos.» El Sr. Cambó no niega que el sentimiento pueda ser un factor en la vida internacional, porque ello sería negar la evidencia. El sentimiento es un factor en la vida internacional, con el que deben contar todos gobiernos discretos.

El Sr. Cambó emplea el verbo «poder» en el sentido de «deber», ó de poder moral, en que frecuentemente solemos emplearlo cuando no medimos bien las palabras, como, por ejemplo, si yo dijera que no «puedo» estampar á conciencia una mentira en mis artículos.

Interpretado de esta suerte, el pensamiento del Sr. Cambó, es un consejo de «Realpolitik». Reservémonos, viene á decir, el altruismo y la generosidad, y la simpatía, y la antipatía para la política nacional. En política internacional debe regir «el sacro egoísmo nazionale», como dijo el italiano Salandra, ó la lucha por la existencia, como predicaba Jean Izoulet, en su «Ciudad Moderna», libro con que intentó completar el autor la visión inmortal de la «Ciudad Antigua», de Fustel de Coulanges.

Y aun se podría colocar el Sr. Cambó en me-

jor compañía, recordando que Hegel concebía el Estado como la expresión más alta de la moralidad, con la cual lo sustraía á las restricciones de la moral y aun del derecho internacional, porque: «el estado de guerra muestra la omnipotencia del Estado individual». Temo, sin embargo, que la compañía de D. Jorge Hegel no sea muy agradable á D. Francisco, y prefiero analizar el más modesto aserto de que en política internacional nos debemos regir por intereses y no por sentimientos.

Sólo que contra esta proposición se le ocurren á uno muchas objeciones. La primera de todas, es que no parece muy probable que las normas de conducta que no resultan recomenda-

sea con el deliberado intento de violarlos, en cuanto resulten perjudiciales al interés de su propio país? Todos los hombres tenemos una norma de conducta para las personas que nos inspiran confianza y otra distinta para los que no nos la inspiran. Una cancillería que no inspire confianza á las otras, se halla en la misma posición que un político que no sepa despertar la ó mantenerla. Y la confianza no se inspira con un método de «Realpolitik» á secas. Hace falta algo más.

El sentimentalismo caballeresco de Sir Edward Grey, por ejemplo, ha unido á diez Estados en una causa común, y es muy probable que á consecuencia de su misma diaphanidad se unan aún otros diez Estados más á la misma causa. La «Realpolitik» no parece conducir en diplomacia á resultados tan codiciables. Y es natural. Por lo mismo que en caso de incumplimiento de contrato no hay un poder superior capacitado para hacer justicia, la vida internacional tiene que confiar más aún que la privada en el sentimiento del honor en las partes signatarias.

¿Que una nación poderosa puede violar impunemente un tratado de neutralidad? Impunemente, no. Ello cuesta cinco millones de bajas, 125 mil millones de pesetas, y estamos empezando.

Pero quizás no se refiera el señor Cambó á este sentimiento del honor que es el supuesto indispensable de la vida internacional. Podrá tal vez referirse á los sentimientos de simpatía ó antipatía con que unos pueblos miran á otros. ¿Significará entonces su consejo que el gobernante no debe atender estos sentimientos al trazar la política internacional de su país? Sería imprudente que los desatendiese.

Los sentimientos populares tienen mucha fuerza. Se hace una alianza contra el grito del pueblo y ni las otras partes signatarias se sienten obligadas á cumplirla, porque se dan cuenta de su escaso poder motor. Se declara una guerra cuando el ambiente público le es hostil, y como los soldados se baten á desgana cuesta el doble de lo que costaría con mejor ambiente.

¿Querrá decir el Sr. Cambó que los pueblos mismos deben sacrificar sus sentimientos á sus intereses internacionales? Ya lo hacen algunas veces. Las alianzas, como las bodas, unas son de amor y otras de conveniencia. ¿Que á veces salen bien los matrimonios de conveniencia? Indudable. Pero ocurre con

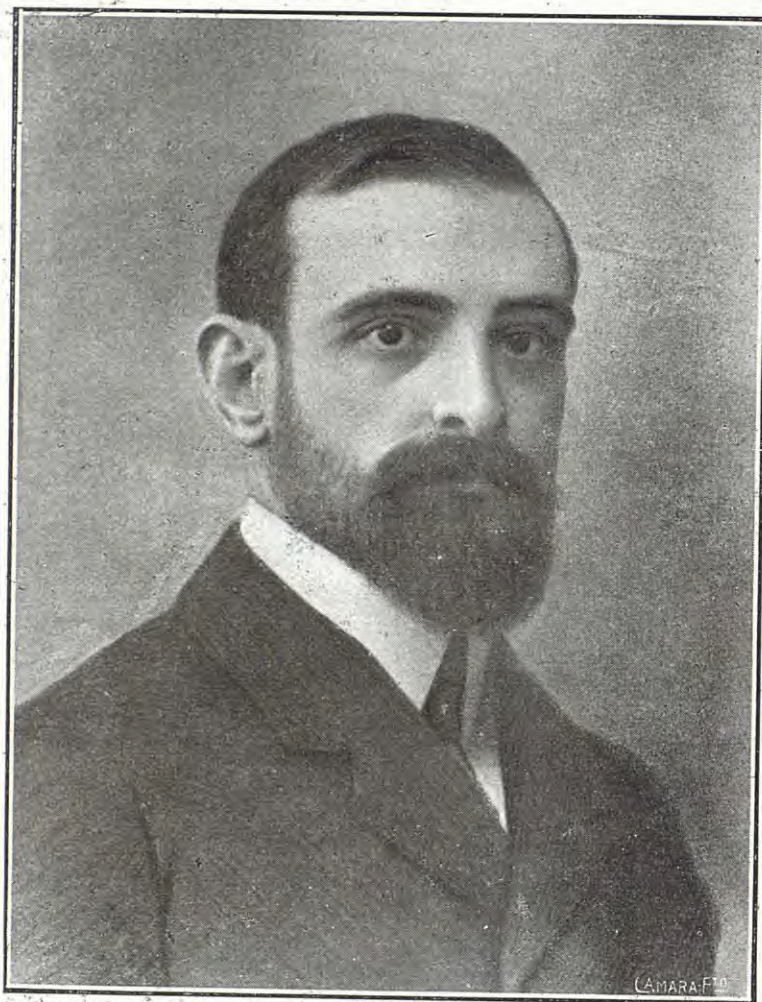
ellos lo que con los alimentos químicos llamados Sanatogen; magnífico tónico, pero que yo no pruebo porque me da náuseas.

Así que, dándole vueltas al negocio, el único sentido que le encuentro al consejo del Sr. Cambó, es que los pueblos debieran dominar sus sentimientos en punto á la vida internacional cuando se trata de malos sentimientos, como la envidia y el rencor. ¿Mas por qué únicamente en la vida internacional? La envidia no aprovecha en ningún género de vida. «La envidia está flaca porque muere y no come», dijo Quevedo.

Y es que la vida internacional no es de calidad diversa á la vida interna. El puro maquavelismo resulta candoroso, porque él no mira más que de reojo. Sí, señores, hay que tener en cuenta los intereses, pero también los principios y también los sentimientos y también las circunstancias. La prudencia debe tener ojos no sólo en la barriga, sino en la frente y en la nuca y en el corazón y en las manos.

La «Realpolitik» quedó refutada, mucho antes de su invención, cuando se dijo aquello de que se puede engañar permanentemente á una persona y temporalmente á todo el mundo. Lo que no se puede es engañar permanentemente á todo el mundo.

RAMIRO DE MAEZTU



D. FRANCISCO CAMBÓ

bles en la vida privada lo sean en la internacional. A muchas personas no les va mal cuando no se inspiran en otra norma que la del interés. Pero yo no creo que si el Sr. Cambó fuese una de ellas, tendría tantos amigos como tiene. Que el Sr. Cambó atienda sus intereses es natural y lícito, pero si despojáramos al Sr. Cambó de su amor desinteresado á Cataluña y á Barcelona y á sus amigos, ¿quedaría algo de la confianza que en él se cifra y que constituye su valor político?

Pues supongamos que el Sr. Cambó es Ministro de Estado, y que se halla en sus manos la política internacional de su país. El Sr. Cambó ha de tratar principalmente con los gobiernos de otros Estados. Todos estos gobiernos saben perfectamente que el Sr. Cambó tiene el deber de velar por los intereses de su país. Lo que no es seguro es que el Sr. Cambó tenga el deber de sacrificarlo todo á esos intereses. Parece que sí, pero no es verdad. Y ello sin apartarnos mucho del terreno de la «Realpolitik».

Por si se sabe que el Sr. Cambó lo sacrifica todo al interés de su país—por ejemplo, la santidad de los tratados, las amistades tradicionales de su Gobierno, el concierto europeo, etc.—¿qué Embajador extranjero va á ser tan tonto que entre en pactos con el Sr. Cambó, como no



## MOMENTOS HISTÓRICOS

# UN INFANTE SIN ALTEZA

AQUEL ilustre infante D. Juan, el más insigne de cuantos diera en España la casa reinante de Austria, que tanta gloria dió á su patria y florones á la corona de su hermano, el prudente, receloso y austero Felipe, hubo de llevar siempre consigo para merma de su fama insigne el ser hijo bastardo del César.

Y no por hechos propios era tenido en cuenta esta ilegalidad (que aceptan los hombres sin que Natura lo apruebe, pues á nadie antes de entrar por los laberintos del mundo, preguntándole en la forma que le estará mejor), sino por desmanes y concupiscencias de su veleidosa madre.

El mozo, por el contrario, mostróse desde su infancia de rectas inclinaciones, claro juicio y notable ingenio, que de todos era bien quisto, y cuando su padre en el ocaso de su vida le trajo á su lado para que iluminase de juventud en días postreros, en todas las gentes conquistó más voluntades que su hermano.

Anduvo el tiempo por su camino de día. Don Felipe subió al trono de San Fernando.

Era un gran político y hombre de avisada perspicacia para conocer el corazón de los demás, y comprender los grados de inteligencia que había cada uno, así es que no tardó en advertir las maravillosas dotes militares que adornaban á D. Juan y pensó desde luego, que él era quien mejor podía coadyuvar al florecimiento de su grandeza y amplitud de los estados españoles.

En Granada le tuvo enseñando á los moriscos lo que era fidelidad á la corona de Castilla, y después en los Países Bajos refrenando la independencia de los flamencos. Más tarde en la república de Génova, en unión de D. Juan de Idiáquez y D. Sancho de Padilla conteniendo y sopesando los antagonismos entre las noblezas antigua y nueva...

Más de una vez presentósele ocasión al señor D. Juan de ceñirse una corona, no cediendo á la Española; algunos de los estados que ganaba con el esfuerzo del ánimo y los filos de la espada, pero tanto su amor y respeto al hermano monarca, como los nobles consejos de su ayo D. García de Toledo tuvieron en paz las ansias de medro.

Recelo de ello sentía á las veces el soberano y abrigaba temores conociendo bien, como le era conocido, el arrojo y denuedo del caudillo, que no le viniera en gana ponerlo por obra, y así era celoso de sus triunfos, que acaso á las veces hubiérase holgado más de un descalabro que de una victoria.

Cuando en 1574 arranconos la pujante audacia del turco la ciudad de Túnez que un año antes conquistara el bastardo, y además el famoso fuerte de la *Goleta*, una de las más importantes conquistas del César, allá en el fondo de su ánimo impenetrable sintió D. Felipe cierta satisfacción, porque ella era desventura que mermaba un tanto la devoción que el pueblo sentía por D. Juan.

Entre todas las ansias y anhelos que inquietaban las horas de paz al señor infante, ninguna había tan agudizada como la de su condición, que él de continuo procuraba encubrir con notables hechos.

Poder cobijar su nombre ya glorioso con un título de Castilla, era para él la merced más apetecida de cuantas le pudiera conceder la munificencia del rey su hermano.

Cada día enconábasele más esta idea, con esa tenacidad noble y bizarra, que suelen los hombres de carácter entero.

Y con tan alto pensamiento, más el de ser nombrado lugarteniente general en todos los dominios de Italia, llegó á España á principios del año 1575.

Con demostraciones de mucho agrado recibió el señor de dos mundos, pero más como á inferior que como á hermano.

Puede decirse muy bien, que para vasallo era extremada la cordialidad, y para individuo de la misma sangre, harto fría y ceremoniosa.

Felipe II concedió de buen grado lo menos que se le pedía, que era el generalato de las tropas españolas en Italia, dándole los mismos poderes que diera al Duque de Alba en 1556, pero en cuanto á lo del tratamiento, lo dejó en estado de esperanza, y siempre que llegaba el instante de



D. FELIPE II

tratar esto, pronto desviaba hábilmente la conversación.

Conseguido en parte el motivo de su jornada, aunque no lo principal, pasó el Príncipe á El Escorial, á fin de rendir la pleitesía de su admiración á la obra en que su augusto hermano tenía puestos los ojos.

De allí, fuese al Abrojo, para despedirse de Doña Magdalena de Ulloa, á quien en su infancia tuvo por madre, y diz que fué muy conmovedora y bella la entrevista.

Tornó á Aranjuez á recibir instrucciones del Rey y partió luego para las playas de Cartagena (ya eran bien entrados los días de Mayo) donde tomando el gobierno de treinta galeras, hizo rumbo hacia Especia y Vegeven, adonde llegó



D. JUAN DE AUSTRIA

antes de que mediara el ardiente y desasogado Julio.

En Italia hubo de permanecer todo aquel año y buena parte del otro, atento en su mayor cuidado á las cosas de Génova y á defender de una invasión turca aquellos dominios que con tanta esperanza de buena guarda estaban confiados.

Por el entonces, los católicos ingleses, escoceses é irlandeses, convidáronle con alzarle rey si librábales de la bárbara opresión en que la Reina Isabel les tenía.

Fomentaba esta empresa el Pontífice, correspondiéndose con él el Infante, y en su nombre negociaba cerca de S. S. D. Juan de Escobedo.

Alarmóse dello el Monarca hispano, y para distraerle de la empresa nombróle gobernador y capitán general de los Países Bajos.

Ordenóle el Rey que partiese directa y prestamente desde Milán, pues todo se le hacía poco, para ver á su hermano lejos del imán de una corona.

Pero D. Juan, siempre más obediente á los intereses de su Rey que al propio medro, no encontró en ello la menor violencia, y así como acogió la empresa la dejó desvanecerse, pero antes de partirse para los estados de Flandes quiso venir á besar la mano de Su Majestad, y á reforzar aquel noble deseo de tener Alteza, sobre su nombre ilustre, que á fe que harto tenía ganado con el esfuerzo de sus famosos hechos de armas.

Advertíale D. Juan de Idiáquez, cómo la visita, sin ser llamado, no sería muy del gusto del Soberano, pero atento el Infante no más que á sus miras, no pensó en otra cosa que en tomar la ruta de la Corte de las Españas, donde llegó en Septiembre de 1576, pero estando como estaba D. Felipe en su retiro predilecto, que era el Monasterio de El Escorial, hacia allí dirigió sus pasos.

ooo

La corte toda aposentábase en el austero recinto, y D. Juan fué muy bien recibido por su hermano, que no dió muestra alguna de enojo por presentársele sin ser llamado.

Diz que en esta entrevista, luego de que el bastardo cumplimentó á la Reina, al ir á besar la mano al Príncipe D. Fernando, hizo tan profunda pleitesía sin apartar la mano izquierda del estoque, que hirió al Rey con la contera entre ceja y ceja, de modo que cayó sin sentido.

Sobresalióse D. Juan y pidióle mil perdones, pensando que del mal suceso tomara pretexto para enojarse, pero el Monarca le disculpó bondadosamente, diciendo:

—No os apesadumbréis; cuando mucho, dad gracias á Dios porque no haya sido más.

A que replicó el insigne:

—Pues, ¿más habría de ser? En tal caso, ventanas hay aquí por donde me hubiere arrojado.

—Y ¿por qué?—tornó á replicar el Soberano.—Nunca pasaría más allá de ser una desdicha.

Retiráronse enseguida entrambos, sin que el accidente dejara huella alguna en la memoria del Rey.

Trataron amplia y reservadamente de los despachos para la jornada de Flandes, y viendo el Monarca los deseos que tenía el caudillo de hacer la expedición á Inglaterra, antes que contradecirle, dióle esperanzas de realizarla luego de que pusiera en buen orden los asuntos de los Países Bajos.

Pero llegado que fué el caso de abordar lo del tratamiento, nuevamente, con la habilidad acostumbrada, supo darlo de lado la astucia de don Felipe.

Don Juan hubo de conformarse, no se sabe si demasiado crédulo ó harto descorazonado.

De allí á pocos días partieron los dos juntos á Madrid.

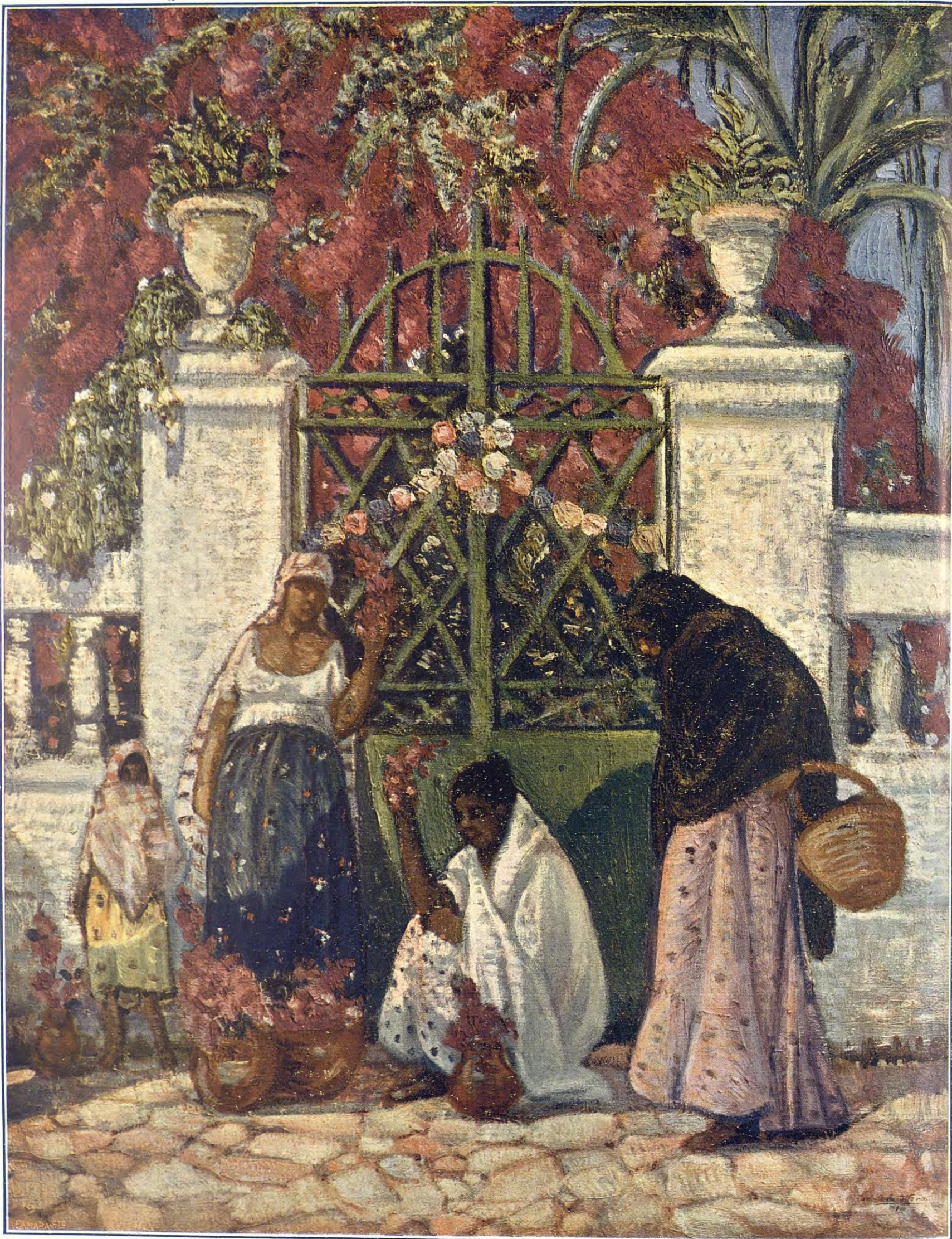
Creyó conveniente el Rey, para evitar retrasos, que D. Juan viajase de incógnito mientras caminase por tierras españolas, y obedeciendo éste, tiñóse barba y cabello, vistióse á lo villano, y fingiéndose criado de Octavio de Gonzaga, hermano del Príncipe de Melfi, que iba en su compañía, salió del Alcázar de Madrid (donde no habría de tornar, porque alcanzó la Muerte en lo más bello del camino de la Vida) para dar nuevos florones de gloria á la Monarquía de España...

DIEGO SAN JOSÉ



LA ESFERA

# ARTE MODERNO



MUJERES PARAGUAYAS, cuadro de Carlos A. Castellanos



# UN ARTISTA URUGUAYO CARLOS A. CASTELLANOS

**E**NRIQUE LÓPEZ Bustamante, el notable novelista venezolano, fué quien me reveló al artista.

En una mañana cálida, soleada, de Septiembre, cuando está la mirada hecha a las espléndidas armonías de los vespéros, a la luz, demasiado agresiva aún, de los mediodías, a los fuertes contrastes del verde luciente de los prados y el oro carminoso de los árboles incendiados por el invierno.

Y sin embargo, la entrada en la casa del artista me deslumbró. Todo en ella vibraba con la exaltación optimista de un adorador de Mitra Helios. Las telas de cortinas, tapetes, cojines y las que tapizaban los sillones y los divanes, era de una fantástica y audaz policromía. Antes de ver los cuadros parecía temible esta competencia del embriagador y lujuriente cromatismo, con los lienzos que pintara el hombre hercúleo de los hombros de luchador y de las palabras suaves, rítmicas, de poeta.

Pero harto sabe él cómo es su arte más fuerte que cuanto le rodea, aun siendo escogido por la sensibilidad, hechizada de luz, que tiene. Es como una preparación, como un prólogo de lo que en los cuadros se ofrece, absorbiendo, tiranizando la mirada, hasta el punto de que todo lo demás parece gris y monócromo, debilitado en su potencialidad, junto a estos cuadros de Carlos Castellanos. Se piensa ante ellos en los orientalismos de León Bakts, en los zarpazos luminosos de nuestro Sorolla, en aquella lumbrada con que Alberto Besnard encalenturó a París a su retorno de la India... Se piensa, sobre todo, en Gauguin y en Octavio Morillot.

Porque es en los dos pintores franceses, intérpretes del paisaje y de los tipos polinesios, donde encontramos los antecedentes de la pintura de Carlos Alberto Castellanos.

Más todavía en Morillot que en Gauguin, por cómo son de mayor fuerza característica y de más riqueza colorista los lienzos del oficial de la marina francesa que el mismo año de la muerte de Paul Gauguin (1903), llegaba por primera vez a Haití.

Oceanía en los lienzos de Morillot y América en los de Castellanos, están expresadas con la misma efusiva riqueza de esplendores cromáticos y decorativos. Al canto exótico de las figuras de otra raza, se une para nosotros los europeos, la ofensiva fiereza de los verdes enteros, de los azules con limpidez y profundidad de esmalte, de los amarillos imperiosos y los rojos inflamados...

Por lo que a Madrid se refiere, será muy laudable la exposición que Castellanos se propone celebrar en el próximo mes de Abril en el Salón del Círculo de Bellas Artes. Después de los bailables rusos y de la Exposición Anglada, llegan oportunamente los cuadros del ilustre artista uruguayo, para contribuir a desentenebrece la retina y a depurar la sensibilidad.



CARLOS ALBERTO CASTELLANOS  
Notable pintor uruguayo

Porque ya empezábamos a temer que aquella enérgica actitud de Joaquín Sorolla abriendo las ventanas para que entrara fecunda la luz, iba a ser inútil...

ooo

Carlos A. Castellanos, antes de hallarse a sí mismo en estos lienzos que reflejan la vida y los aspectos tan bellamente pictóricos del Paraguay, ha recorrido el mundo y ha padecido las inevitables vacilaciones juveniles.

Nacido en Montevideo de una familia de origen español y algunos de cuyos miembros han

ocupado preeminentes puestos en el Gobierno uruguayo, Carlos Castellanos hizo sus primeros estudios de dibujo y colorido en el estudio del malogrado pintor Carlos de Herrera, notable retratista.

Como su maestro, Castellanos sintió la atracción de España y vino a Madrid el año 1908.

Por aquella época fué discípulo de Sorolla, lo que tal vez sirviera como una preparación para en el retorno a América encontrar mejor la ruta de su verdadera personalidad.

De España marchó a Francia, Suiza e Italia. Francia—París, mejor—ejerció sobre Castellanos la sugestión preciosista y decadentista que sobre tantos escritores y pintores sudamericanos.

De sus años de París conserva el ilustre artista uruguayo dibujos de galantería y coctismo. Interpretó entonces páginas torturadas a lo Baudelaire y a lo Feliciano Rops y también las falsas sensiblerías de Pierrot y Colombine. Sabían a Rachilde y a Wilde, a Peardsley, a Bayros, estos dibujos de Castellanos. Mientras tanto, le aguardaban al otro lado de los mares, los cielos indigo, las tierras cadmio, con la esbelta silueta verde de las palmeras, y los hombres dorados bajo el áureo polvo luminoso del sol y las mujeres que ocultan en las telas policromas su venusina belleza de bronce antiguos.

De vuelta al Uruguay, Carlos Alberto Castellanos muestra actividad fecunda de organizador. Crea el Círculo de Bellas Artes de Montevideo y lo dirige algún tiempo; funda la Agrupación de Artistas Uruguayos y celebra exposiciones importantes y obtiene diversos premios como cartelista y decorador.

Porque Carlos Castellanos, hijo de su siglo, sabe que la verdadera significación de la pintura moderna es la decoración. Así, lo mismo sus obras de la época de influencia francesa como esta de ahora en que refleja de un modo admirable y pujante el ambiente y las costumbres del Paraguay, son esencialmente decorativas. Incluso llega a emplear la plata y el oro para obtener más suntuarios relieves de belleza.

Supedita, por lo tanto, su obra a una totalidad armónica. En apariencia estos lienzos tan empapados de luz no significan sino el deleite de un gran colorista. Pero en realidad están compuestos de algo más que de fidelidad pictórica frente al natural. Las líneas siguen la eutimia del bello arabesco; las masas, contribuyen como notas, sabiamente elegidas a la orquestal expresión del conjunto.

Sólo así se alcanza una profundidad emotiva que sea perdurable, la feliz alianza de que mientras el color ratifica la definición de Anatole France de que es la música de los ojos, busque abrigaño esa música en nuestro corazón para acariciarlo, en los suaves e inefables momentos de nostalgia y de melancolía...

SILVIO LAGO



"Una paraguaya" (decoración)



Estampa decorativa



"Flores del mal", modelo para una carátula decorativa

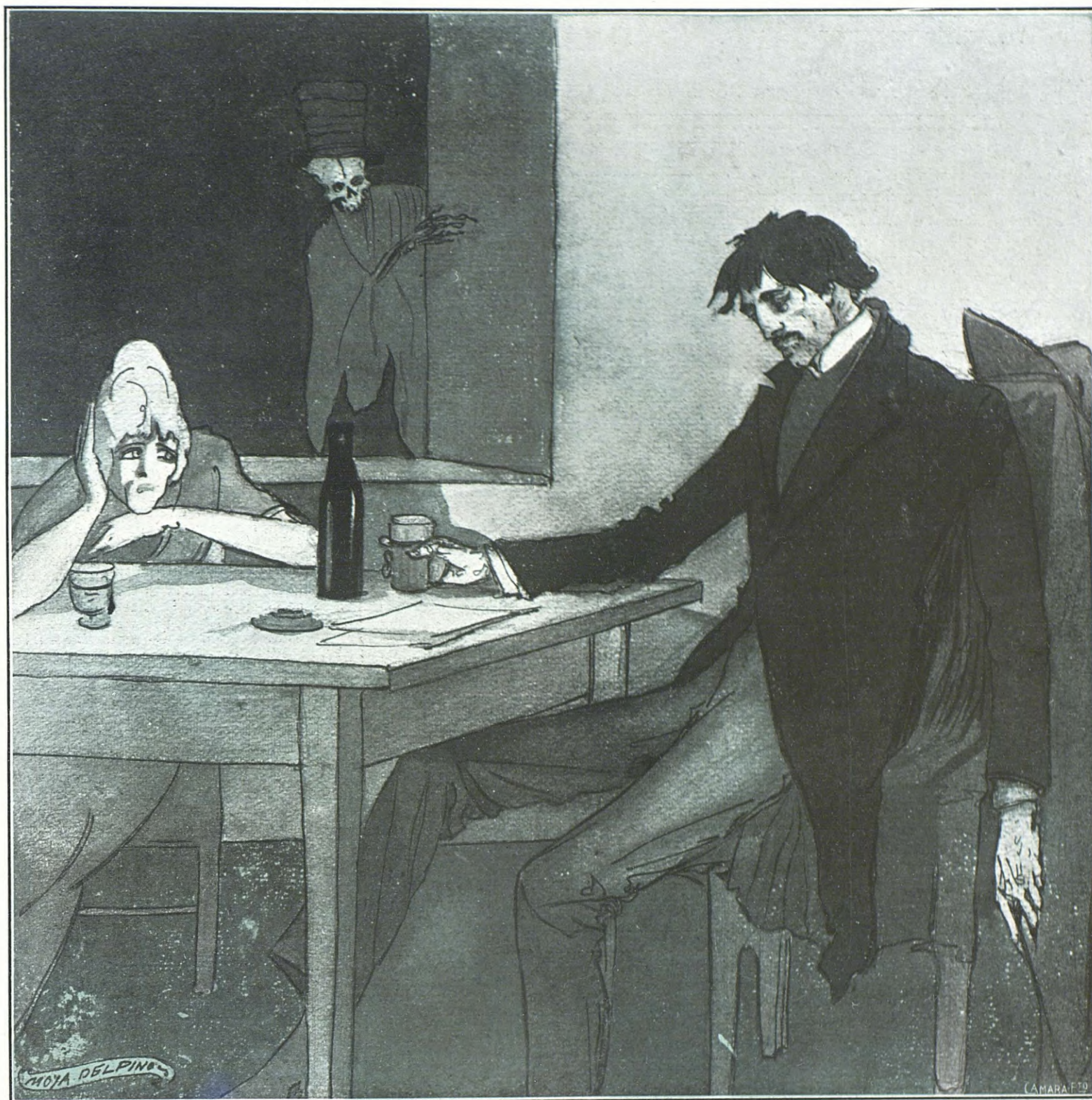


## DE VUELTA DE LAS TRINCHERAS



PERMISIONARIOS INGLESES DESEMBARCANDO EN LA ESTACIÓN VICTORIA, DE LONDRES, DE REGRESO DEL FRENTE  
DIBUJO DE MATANIA





## LA HORA NEGRA

*Embragaos de amor, de virtud ó de vino.*

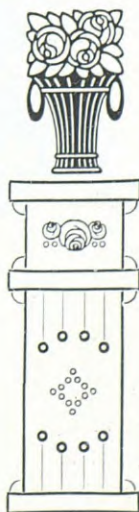
BAUDELAIRE

¿Será verdad que canta en el fondo del vaso  
una alegre sirena, su canción encantada?  
¿Hará más dulce el éxodo, hasta que suene el paso  
como un ritmo de huesos, de la Desnarigada?

La araña gris del tedio hila en mi corazón.  
¿Con qué llenar el negro vacío de la vida  
cuando graznan los cuervos de la desolación  
y el alma está en tinieblas y la carne podrida?

¡La embriaguez de la gloria, la embriaguez del amor!  
¡Oh, el eterno laurel y los labios en flor!  
¡Bellas sombras de antaño que ruedan al abismo

del tiempo! ¡Pobre y solo en medio de la gente,  
siempre mal comprendido y triste eternamente,  
ya soy como un grotesco fantasma de mí mismo!



Hay que estar ebrio siempre; pero yo ya he perdido  
la divina embriaguez del arte y del amor;  
quiero ver si en el fondo del vaso está escondido  
el talismán que ahuyenta los cuervos del dolor!

¡Cantad, locas sirenas, en el fondo del vaso!  
En las tabernas, entre la trágica pobreza  
de esos hombres sin nombre que reúne el Acaso,  
me beberé mis sueños y también mi tristeza.

Triste alma paralítica, me tragarán las simas  
del alcohol; sin amores, sin sueños y sin rimas...  
hasta que cierta noche, de alguna encrucijada

de la Vida, surja *Ella*, con su fúnebre manto,  
y con dulce reproche, como á la bien amada,  
yo la diré: —¡Señora!, ¿por qué tardasteis tanto?...

EMILIO CARRÉRE





NUESTRAS VISITAS

## ANTONIO ZOZAYA



SOSTUVIMOS un escarceo epistolar.

El maestro se negaba á dialogar con *El Caballero Audaz* si el diálogo había de salir á la luz pública. «Mi personalidad—me decía en sus cartas—no interesa al público; toda exhibición me parece vanidad censurable». «Mi vida á nadie importa». «Me niego, pues, definitiva é irrevocablemente á toda entrevista que haya de publicarse». A estas negativas respondía yo con súplicas y reproches: «¡Pero, maestro! ¿Ha de ser usted, mi admirado de alma, quien haga fracasar por primera vez á este periodista? ¿Dónde estaría *El Caballero Audaz* si todos hubiesen pensado como usted? No es posible; ni usted, que es un hombre á la moderna, puede tomar resoluciones irrevocables». Seguramente, después de meditarlo durante una noche, el insigne maestro resolvió rendirse. Y me escribió una última carta claudicando con estas bellas palabras: «No puedo continuar negándome. Estoy á su disposición, más que nada, porque usted, amigo mío, ha conseguido despertar en mí un gran afecto como hombre y una muy alta estimación como literato, y deseo muy vivamente que seamos amigos y demostrarle estos sentimientos.»

Y á la mañana siguiente subíamos por la escalerita pina y estrecha de la casa que en la calle de la Magdalena habita el maestro Zozaya.

Una doncellita sonriente y menudita nos abrió la puerta y nos guió hasta la sala elegante en donde ya nos esperaba el ilustre literato.

Zozaya no es de los escritores que al hablar con ellos derrumban la admiración que despertaron como literatos. Al contrario. Su charla amenísima y extraordinariamente culta eleva más su personalidad ante los ojos del interlocutor. Como D. Antonio Maura, D. Ramón del Valle-Inclán, D. Manuel Bueno ó D. Dionisio Pérez, cuando habla es un libro amenísimo en el cual siempre se aprenden muchas cosas útiles. ¡Y abundan tan poco los hombres así!

Don Antonio Zozaya usa unas espesas barbas, casi blancas; sus ojos se han enturbiado ya un poco de tanto leer. Es extraordinariamente afable.

—Vamos, maestro—comencé diciéndole, al mismo tiempo que me dejaba caer sobre una cómoda butaca—. Por poco me da usted un disgusto.

Sonrió algo confuso. Después...

—Únicamente por ser usted he aceptado, convencido de que hago mal. Mire usted, mi cualidad más saliente es conocerme; saber que no intereso gran cosa personalmente; mis trabajos tal vez despierten algún deseo de estudio y reflexión. Pero nada más.

—Eso ya lo dirá el público. Hábleme usted de su niñez.

Meditó un momento. Se acarició la cuadrada barba y...

—Yo, sin duda, nací para emborronar papel; soy hijo de un notario, y en mi casa eran autorizados anualmente de dos á tres mil números. Desde mi niñez pasaba los días escribiendo originales, copias, apuntes—tomaba ya apuntes en la escuela—, comentarios á cuanto leía, y versos. Padecía realmente la manía de leer y escribir y esto me ocasionó un estado de anemia que obligó á mis padres á enviarme á Soria, en donde me repuse y acabé el bachillerato en tres años. Allí seguí tomando apuntes tan extensos que algunas lecciones asombraron á los profesores por la fidelidad con que las había tomado, con puntos y comas. Vuelto á Madrid, en donde he nacido y quisiera morir, volví á manchar papel sellado y á llenar de apuntes y estudios literarios resmas enteras de papel de oficio; por si algo faltaba, á los veinte años, uno antes de acabar la carrera, fundé la «Biblioteca económica filosófica».

—¿Qué carrera seguía usted?

—Leyes. Por desdicha para mis aficiones, en cuanto la terminé comencé en seguida á ejercerla.

—¿Con provecho?—inquirí.

—¡Pchs!—sonrió indiferente—. Pagué la cuota fija hasta los treinta y siete años, y la máxima hasta los cuarenta.

—Y al mismo tiempo, ¿escribía usted?



Antonio Zozaya, en su biblioteca

—No, señor. Un día, ya á los cuarenta años, pensé que había cultivado bastante una profesión que no me daba más que dinero y la abandoné y me hice periodista. Realmente, soy también de la generación del 98, aunque muy diferentemente orientado; porque antes de esa fecha ningún periódico aceptaba mis trabajos ni de balde, excepto *La Justicia*, de Salmerón, de la que fui director cinco meses y en donde acabé de convencirme de que mi vocación estaba en las Letras.

—¿Cuántos libros ha publicado usted de entonces acá?

—¡Asusta un poco! Setenta y cinco volúmenes de traducciones filosóficas con notas y prólogos y dieciocho obras originales.

—¿Cuáles son sus preferidos?

—Mis libros que más quiero son: *El huerto de Epicteto* y *Poemas de humildad y de ensueño*.

—¿Prefiere usted hacer verso, ó prosa?

—Según el estado de mi espíritu.

—Le ha producido á usted mucho la literatura?

—Poco, muy poco—murmuró indiferente—. Mire usted, *La biblioteca filosófica* á que consagré todas las economías y ocios de mi juventud, se ha vendido mucho y me ha costado grandes sacrificios por su escaso precio, propio para la divulgación cultural, y lo reducido del público aficionado á estos estudios. Por *La Dictadora*



me dió la casa Henrich dos mil pesetas, y raro es el libro que me ha producido otro tanto; muchos los regalé. Vivo de lo que me rinde diariamente mi pluma, y, en resolución, soy pobre, aunque *El Liberal* me paga mucho más de lo que merezco: cuatro mil quinientas pesetas anuales, y *Prensa Gráfica* me publica cuatro ó cinco artículos al mes.

Hizo una pausa. Después, arrastrado por una sinceridad injusta, exclamó:

—A pesar del honor que LA ESFERA y usted me dispensan hoy, sé muy bien que no tengo de qué estar orgulloso de mi carrera literaria.

—¿Y el teatro? ¿Por qué no lo cultiva usted?

—¡El teatro!... ¡¡el teatro!!—suspiró—. Tal vez sea esa mi vocación; pero estrené *Misterio* en el Español, obra en que puse todo el esfuerzo de que soy capaz; alcancé un éxito verdaderamente enorme, y á los ocho días tuve que retirar la obra porque iba poca gente y el empresario quería estrenar. Si lo hice mal, no quiero volver á engañarme; si lo hice bien, renuncio á escribir para un público que no se entera. La obra ha sido publicada á treinta céntimos en *Los Contemporáneos*. Ahí está para pregonar mi torpeza y la perspicacia del público del Español. Ahora he escrito una obrita para el «Teatro de los niños», ese juguete precioso de cartón que habrá usted visto en los almacenes de escritorio, y la he escrito con gran contento. La tarea cuadra bien á mis aficiones humildes, y, además, justo es que yo escriba para los niños cuando tantos autores lo hacen para las niñas.

—Hablemos de la Academia Española, ya que *El Liberal* y *El Día* han puesto sobre el tapete este tema. ¿Aspira usted á ser académico?

Zozaya, un poco confuso, apresuró signos negativos. Después exclamó:

—Eso de la Academia no tiene atadero. Ni aspiro á ocupar sillón alguno, ni seré tan presuntuoso que secunde en este punto iniciativa alguna. Admiro á los académicos actuales, y deseo antes ser su discípulo por merecimientos que su colega por merced. Me asusta la idea de que alguien pudiera preguntar un día: «¿Por qué está ese infeliz en la Academia?» En cambio, confieso que me halagaría que las gentes llegaran á preguntarse, en un exceso de benevolencia: «¿Por qué no está?»

—¿Y qué le parece á usted la idea de *El Liberal*, de conocer los 36 nombres más populares entre sus lectores?

—Excelente. Iniciativas de este género son harto más loables que las que apartan á las gentes del respeto á cosas y personas y es digna



Antonio Zozaya, acompañado de su señora é hijos

del literato insigne que dirige ese periódico, para mí tan querido y al que tanto debo.

—¿A qué dramaturgo contemporáneo admira usted más?

—A varios: Galdós, Dicenta y Guimerá, y en otro género, los Quintero y Linares Rivas.

—¿Y de novelistas?

Hizo un gesto de desagrado.

—Entre los novelistas hay, sin duda, algunos excelentes, pero yo siento poco la novela, y entre los tres mil volúmenes de mis estantes

apenas si hay cuatro docenas, contando las obras maestras de la novela de todos los tiempos y países.

Y calló. Yo insistí:

—¿Y de los poetas?

—De los poetas diré que aún estoy en Campoamor y Zorrilla, sin negar que hay una juventud brillantísima que en la novela y la poesía produce alguna vez obras admirables. Pero yo en esto no soy voto, porque los libros que prefiero son los que hablan de cosas de la vida, como los de Cajal, Costa, Buyla, ó de impresiones de viajes, como los incomparables de Gómez Carrillo.

—Dígame usted algunos rasgos de su espíritu tal como usted lo sienta.

Dudó un momento.

—Hombre... no sé... no sé... ¿Quién es capaz de medirse? Lo más que hacemos es eso, *sentirnos*. Yo soy optimista, aunque desde hace mucho tiempo llevo en el alma la pesadumbre de penas mortales de necesidad, de las cuales procuran consolarme mi mujer y mis hijos, á quienes debo todas mis energías y amables solaces. Soy en el mundo un inadaptado; pero siento como nadie el exquisito placer de las cosas desinteresadas y sublimes. Amo las rosas por su color, por su fragancia, y sobre todo, porque tienen espinas. La vida es un calvario y me alegro de que lo sea. Amigo Audaz, estará usted conforme conmigo. Nada hay más bello que el dolor; cuando se tiene fe en el porvenir, se lleva en el corazón un asceta y en los labios una palabra que es la última de todos mis libros: ESPERANZA.

La conversación del ilustre cronista, del insigne filósofo, era aménísima; pero las horas pasaban y nos pusimos de pie. Ya en despedida, con indiscreta curiosidad, se fijaron mis ojos en un retrato de Zozaya que pendía sobre el sofá y en cuyo marco había dos plumas: una de oro y otra de plata. El dueño vino en auxilio de mi curiosidad.

—Esas plumas—me explicó amablemente—no están ahí por necia vanagloria, sino porque me recuerdan dos grandes afectos. La de plata me la regaló mi madre siendo muy niño; la otra, de oro, fué adquirida por los ciegos españoles por suscripción en cuotas que no pasaron de diez céntimos. Son para mí dos joyas que pregonan que, si no supe escribir, supe hacerme querer.

Y con un entrañable abrazo terminamos nuestro diálogo.



Antonio Zozaya, haciendo música con su hijo menor

FOTS. SALAZAR

EL CABALLERO AUDAZ



## CUENTOS ESPAÑOLES



Muy puestos de frac íbamos uno á uno bañando al comedor de vuelta de la cacería. Al entrar en la habitación los pocos rezagados, oímos á un señor, ya de cierta edad, y porte que delataba á la legua lo privilegiado de su cuna, que empezaba á contar una historia, una historia que, en contra de la costumbre en esos sitios y en esas ocasiones, no era el relato de una proeza cinegética.

«Teníamos entonces Ricardo y yo—decía el conde de N., que era el personaje que estaba en el uso de la palabra—dieciocho años... ¡De ayer es la fecha!—añadió con cierta entonación de triste nostalgia—. Íbamos ambos cogidos del brazo, á las dos y media de la madrugada, hacia nuestras casas. Veníamos del palacio de la duquesa de S. de jugar al tresillo; entonces éramos más españoles que hoy; aún no se había puesto de moda el *bridge*, y nos apasionábamos más por los toros que por el *foot-ball* ó por el polo; preferíamos los sainetes á esos *vodeviles* traducidos que nos sirven ahora... En fin, el caso es que, en el castizo é insustituible juego del tresillo, nos habíamos pelado, dejando nuestros bolsillos tan limpios que no recuerdo si nuestras fortunas alcanzarían aquella noche á lo suficiente para pagar al no menos castizo y clásico sereno. Hablábamos de nuestra situación; ¿de qué podíamos hablar? Yo, menos animoso que mi amigo, estaba desesperado.

—Mira—me decía Ricardo—, no te apures; mañana iremos á ver á Fulano ó á Zutano ó á Perengano y empezaba á recitar una larga lista de respetables usureros.

Allá en lo alto, en una bohardilla, había una luz que se veía por una ventana abierta como un ojo avizor y expectante. ¿No os ha inquietado nunca esa ventana iluminada que habéis visto á altas horas de la noche cuando íbais de retira-

da? ¿Quién habrá allí? ¿Una infeliz mujer enamorada que aguarda la vuelta de su marido borracho ó una linda obrerita que lucha contra la tentación de caer, quemándose los ojos sobre la labor?

—Nos viene siguiendo, dijo, un amigo, el mejor amigo del hombre... Aunque algún cínico ha dicho, creo que el griego Alcibiades, que al perro le falta el tener dinero para ser el mejor amigo del hombre. ¿No tienes tú algún dinero que prestarnos?—le increpó al can sarcásticamente—. ¿No? Pues vete. ¡Arrea! Y lo echó, haciendo ademán de pegarle con el bastón.

A todo esto habíamos llegado á la casa de Ricardo y nos despedimos en la puerta hasta el día siguiente, según costumbre. Éramos, entonces, inseparables. Aún no había pasado entre nosotros Margarita... Aquella mujer...

En fin, como iba diciendo, el perro siguió conmigo, meneando alegremente su rabillo y levantando hacia mí su hocico interrogante. Me fué simpático porque parecía darse cuenta de lo incierto de su destino; tenía unos ojos muy inteligentes, una mirada muy dulce y muy humana; yo he visto esa misma expresión de mirada en un muchacho que se iba á batir... Lo bauticé con el nombre de Moisés y le dije:

—¿Quién habrá sido el hombre bruto, mi querido amigo, que te ha encontrado ese *pero* para no darte el título de «amigo del hombre»? Precisamente porque no sabes lo que es el vil metal podemos ser inseparables; tú no me darás ningún desengaño. Tu suerte queda unida por siempre jamás á la mía. ¡Anda, entra!

Y el animalito me expresó su gratitud con el movimiento de su rabo retorcido á guisa de rosquilla y se coló de rondón, como si me hubiera comprendido, en mi casa, ante cuya puerta, franqueada por el sereno, habíamos llegado.

Encerré al perrito en el cuarto de la plancha y me fui á acostar.

A la mañana siguiente, mejor dicho, por la tarde siguiente, puesto que ya serían las dos, mi hora acostumbrada de despertarme, me entró el criado, aquel viejo y fiel Paco que todos habéis conocido, el desayuno y los periódicos.

Mi vista cayó sobre este anuncio:

«Pérdida de un perro pequeño, *bull-dog* francés, color ceniza, rabo enroscado, aliende por Berlín. Gratificarán su devolución con doscientas cincuenta pesetas en casa de la duquesa de S.»

¡Demonio! ¿Estaría la fortuna durmiendo en el cuarto de la plancha? ¿La habría dado yo albergue? Dios premia las buenas acciones...

Me tiré de la cama, y me estaba enfundando en un pyjama para ir á hacer la comprobación de mi suerte, cuando se presentó en mi dormitorio Ricardo.

—¿Qué te trae por aquí tan temprano?—le dije, sin darle cuenta de mis esperanzas, de mi suerte.

—Nada; llego más temprano porque he dormido muy mal. Estaba aburrido y he venido antes que de costumbre.

Y me habló de cuarenta mil cosas precipitadamente, nervioso, como aturdido. Hasta que, al cabo de una hora de conversación, me dijo, como sin concederle importancia:

—Oye, ¿te acuerdas de aquel perrito que nos seguía anoche? ¿Qué fué de él? ¿Lo recogiste?

—Sí. Ahí lo tengo encerrado—le contesté.

—Pues, yo me lo llevaré, porque tú no lo querrás para nada y en mi casa estará muy bien.

—Ese perro—le contesté—, como tú sabes muy bien, vale cincuenta duros.

Y no pudimos por menos de soltar, los dos, la carcajada.

—¿Y si no fuese el mismo?



—No seas pesimista. Eso lo vamos á comprobar inmediatamente.

Y fuimos á buscar al animalito, á nuestro protegido, que, á su vez, volvía nuestro protector.

En efecto, las señas coincidían en todo. Era un perro de los que estaban de moda en aquellos tiempos. Se trataba de un perro bastante vulgar. Por eso la comprobación de si fuese nuestro huésped el muy ilustre ejemplar perdido por la duquesa, era más difícil. Pero nos quedaba un recurso: el nombre:

—Vamos á ver si atiende por *Merlín*.

Lo colocamos encima de una butaca en el cen-

Para cerciorarnos aún más, no cesábamos de llamarle *Merlín*.

Y el animalito dibujaba, cada vez que oía su nombre, una expresión que no olvidaré en mi vida, por muchos años que se prolongue.

Engallaba las orejas y abría desmesuradamente los ojos, enarcando las cejas—¿Tienen cejas los perros?—A mí me parecía que sí, y hasta que usaba gafas... Parecía decirse, después de meditar un poco: «¿Pero en qué sitio habré conocido á estos señores tan efusivos que me llaman por mi nombre?» Y no dejaba de observarnos como una persona impertinente, con gran

el perro en el Prado. La señora, con la natural alegría de hallar sano y salvo á su *Merlín*, no interrogó más.

¡Cincuenta duros!

Aquella noche corrió el Agustín Blázquez que daba gusto—gusto y mareo—. Nos ayudaron á beberle las Macarronas.

Ya en aquella época, la duquesa daba fiestas que pasarán á la posteridad por las crónicas de Abascal. A una de ellas tuvimos que asistir Ricardo y yo á los pocos días de haber corrido aquel holgorio con el dinero del perrito. Nos presentamos en sus salones, no sin cierto rubor.



tro de la sala de visitas y nos escondimos. Cuando no nos veía empezamos á llamarle muy despacio y con voz muy queda, mientras le observábamos:

—¡Mer...lín!!

El perrito levantó las orejitas y extendió su mirada.

—¿Quién me llama?—parecía decir—¿Dónde estoy?

Salimos de nuestros escondites y le cubrimos de caricias y de atenciones.

Todos los terrones de azúcar que había en la casa y todos los mimos de que podíamos disponer en aquellos momentos de emoción, nos parecían pocos.

insistencia y mayor extrañeza. Pero para no cansaros más—siguió diciendo el conde de N.—, cuando se convenció de que allí nada malo le podía pasar, nos despreció, y dando varias vueltas sobre el mullido del sillón se durmió, quizás soñando en un paraíso lleno de pajaritos y de mermeladas.

¡Estaba en su derecho! Se le despertó para conducirlo á su casa, es decir, á casa de la duquesa de S., donde le harían el cariñoso recibimiento que es de suponer. Lo llevó el mozo de cuadra de la casa de Ricardo. Fué el buen hombre convenientemente aleccionado y desempeñó su papel á completa satisfacción nuestra. Dijo que era un forastero y que se había encontrado

Allí estaba *Merlín*, en los brazos de la duquesa, que contaba, entre un corro de amigos, su desaparición y hallazgo.

Cuando nos vió *Merlín* se acercó á nosotros dando brincos de alegría, meneando el rabo y lamiéndonos las manos, ante el asombro de la señora de la casa, que decía ingenuamente:

—¡Qué raro! ¡Este animal, tan arisco y tan hurafío como es...!

Y nosotros, para que no nos delatase con sus manifestaciones de alegría, le pegábamos á hurtadillas terribles puntapiés.

CARLOS MICÓ

DIBUJOS DE BARTOLOZZI



# Una artista original



Fernanda Vallarino, en su balandro

FERNANDA Vallarino ha escrito en francés numerosos dramas y numerosas comedias, algunas de las cuales se estrenarán pronto en España, que es también su patria, porque es hija de un español. Posee la joven artista un don extraordinario de espontaneidad, de desenvoltura, de expresión. El texto de su obra es cosa tomada taquigráficamente y así su diálogo no es ese diálogo que aunque sea ingenioso, sabroso y cortado, siempre es demasiado intelectual y está como tomado de lejos.

Muy elegante Fernanda Vallarino, siempre en el gran mundo, entre discreteos de salón, dueña de palacios, de caballos, de automóviles y de *yacht*, trae la verdad auténtica, elegante y grácil de una sociedad distinguida, con sus delicadas libertades francesas, que quizás den á alguna de sus obras un marcado sabor picaresco.

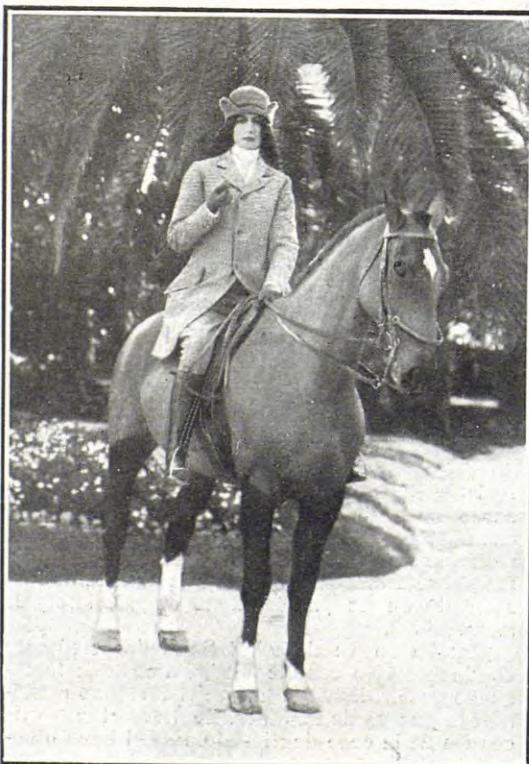
La cabeza de la Srta. Vallarino es algo original é interesante. Su cabello abundantísimo hasta lo inverosímil encubre su rostro y sus ojos intensos brillan como bajo una sombra densa; esos ojos observan y ven las intenciones y los secretos sentimentales de lo demás, todo eso que se encubre y que es lo más fuerte de cada uno, siendo su especialidad ver á través de los trajes de etiqueta.

Tiene en el rostro algo misterioso, ese algo misterioso que hay en las tallas de los indios exóticos. Sus trajes y sus sombreros son de un *chic* muy suyo, de ese *chic* que triunfa en las escogidas playas de verano y en las estaciones de invierno, donde es aún más selecto el público. La distinción del estilo de su traje está también en el estilo de su obra dramática. Todo en ella es tan personal, que para definirla tendríamos que decir: que es una excéntrica newyorkina, que en vez de newyorkina es francesa y que no acaba de ser francesa, sino española.

Nerviosa, desdeñosa, dedicada suntuosamente á los juegos de la vida, pasó por todas las variedades del arte, la pintura, la música, la escultura, hasta que un día encontró su camino, el camino de su perseverancia. ¿Cómo? Ella me lo ha contado.

«Un viejo castillo que tenemos en los Pirineos, el castillo de Belzunce, debía abrirme la vía sagrada. ¿Por qué? Yo me lo pregunto aún.

Me adormecía entonces deliciosamente en el automovilismo, que me apasionaba, siendo una de las más fervorosas intrépidas del volante. Cuando después de haber sorbido demasiados kilómetros, cayó enfermo mi automóvil, con una enfermedad que le costó una larga temporada de cama en el garaje... ¿Qué hacer entonces?... Me lo estuve preguntando hasta que mi lápiz comenzó á correr vertiginosamente sobre el papel, trazando de una sola sentada mi primer drama *Nerón el Histrión*.»



Fernanda Vallarino, á caballo

Así comenzó Fernanda de Vallarino esa labor intensa y extensa que copistas de muy buena letra han copiado en dos tintas, rojo y negro, y que yo he leído con placer, viendo la incontenencia de su pluma ágil, fantástica, que da una idea tan diáfana de su vida.

Ella ha viajado mucho y eso ha alargado el horizonte de su espíritu. Nada para ella ha guardado silencio; todo le ha dicho su palabra trivial ó solemne y como todo le ha hablado ella, en vez de novelista ó de cosas interiores, ha tenido que ser autora dramática, porque en el teatro todo habla.

Verdaderamente un guirigay alegre, impulsivo, entrometido y ocurrente, llena desde el principio al final toda su obra. Habladores y habladoras impenitentes hablan por el placer de hablar.

En medio de todo esto, esta mujer nerviosa, excitada, que llena su vida de variedad, es una gran deportista. La vida que hay en sus obras y que á veces reúne á la literatura sobrepasándola, se debe evidentemente al *sport*. Ella dice que es su maestro poderoso y así en sus retratos se la ve vistiendo los trajes raros del *sport*: de amazona con un traje intachable y varonil, junto á sus caballos favoritos, un irlandés soberbio y dos argentinos de una figura exquisita, ó de marinero, un marinero que ama con voluptuosidad el pequeño *yacht* que ha bautizado con el nombre de «Alfonso XIII» y en el que aprende, en el mar, á reposar, á poner en orden y á refinar su pensamiento.

Es extraño que una mujer tan moderna, tan representativa, escriba dramas y comedias; pero eso es, precisamente, lo que hace que sus obras tengan un valor de documento, sean como una confidencia de la mundanidad que ella ha vivido, recogiendo todas las flores para dar ese fuerte sabor de naturalidad, de gracia y de distinción sin fingimiento á sus obras.

Fernanda de Vallarino debe despertar por todo esto una gran expectación, ya que ella, entre la original maraña de sus cabellos, ha espiado tan bien la vida mundana en el corazón del siglo xx.

CARMEN DE BURGOS  
«Colombine»



# SEVILLA MONUMENTAL



Portada del convento de Santa Paula, cuyo mérito arqueológico es extraordinario





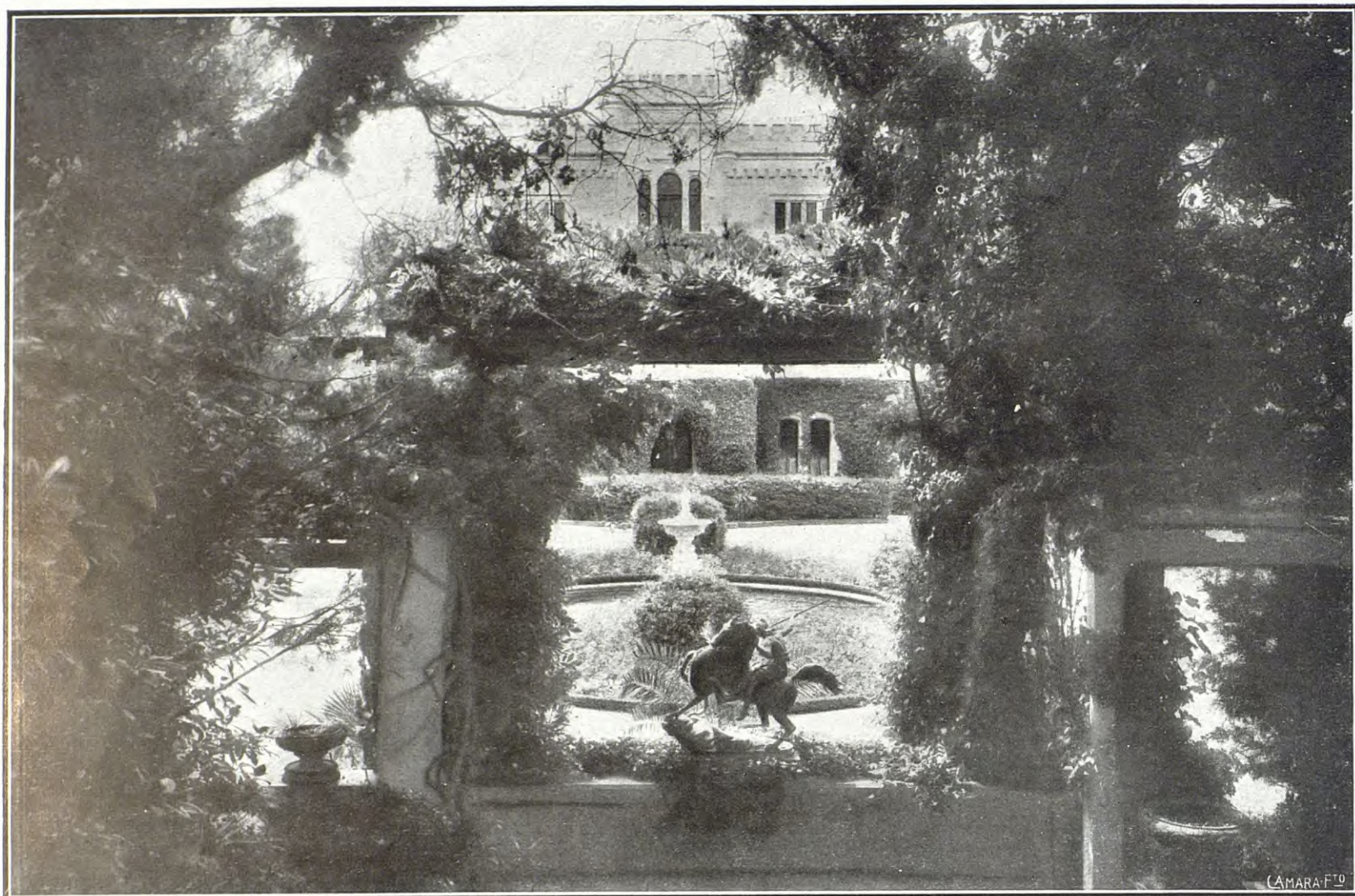
UN DESTACAMENTO DE TROPAS AUSTRIACAS SORPRENDIDO Y DESTRUIDO POR UNA AVALANCHA EN LOS ALPES

Dibujo de F. Matania



POR LOS CAMINOS DEL MUNDO

## EL PALACIO DE MIRAMAR



Una vista de los jardines del palacio de Miramar, en Trieste. (Al fondo se ve parte del palacio)

EL avance de los italianos hacia Trieste me recuerda un viaje que á través de aquellas tierras, hoy sacudidas por el retumbar de los cañones, hice yo en el otoño del 912.

Eramos veinte los expedicionarios y viajábamos á bordo del *yacht Alberta*, barco de recreo, primero del Rey Leopoldo, propiedad, después, de mister Cohn, el millonario inglés, cuyos caballos han corrido este verano, frecuentemente, en el hipódromo de San Sebastián.

Eran los años luminosos que precedieron á la guerra. Europa se embriagaba de placer y de prosperidades. Nuestro *yacht* llevaba á bordo una alegre banda de seres felices. Veníamos de la isla de Cowes, á cuyas famosas regatas habíamos asistido, de Deauville y de Venecia. Una noche, á la hora de comer, cierta dama expresó el hastío de llevar anclados, frente á la playa de San Marcos, más de quince días. «Estoy aburrida—dijo—de pichones y lagunas. Estoy fastidiada de *tailles* y de frivolidades, hasta la punta de los pelos de asistir á bailes y comidas en los palacios históricos de Aldobrandini, Mocenigos y Morosini. ¿Por qué no nos vamos á otra parte?

—Sí, á otra parte—asintieron todos, menos el joven Montmorency, que estaba enamorado de una veneciana.

—¿Por qué no visitamos algún país sencillo de costumbres patriarcales, algo que nos vuelva el sabor de la naturaleza y nos haga olvidar el alambicamiento actual de la vida?—dijo mistress Lewis, una americana que se picaba con morfina.

Todos estuvimos de acuerdo.

—Iremos al Montenegro—propuso el dueño del barco—y después á Oriente. ¿Qué parece la idea?

Fué aprobada, y aquella misma noche levaba anclas el *Alberta* con rumbo á Trieste. El Príncipe de Servia, que era nuestro compañero de via-

je, no quiso tocar en Austria. Pretextó un telegrama y salió para Londres.

El Adriático es un mar de maravilla. Sus olas, henchidas de espuma fosforescente, nos rodearon como caricias durante toda la noche. El *Alberta* parecía dormido entre las aguas, bajo el cielo constelado y admirable que nos cubría con bóveda enjovada. De tierra venían ráfagas perfumadas con olores de naranjales y jardines. En el mar paseaba la luna un cendal de plata que se tendía sobre las olas como la cola de un manto regio y fabuloso. ¡Divina noche italiana, colmada con todas las esencias bellas de la vida!

¡Muy tarde, borracho de luna y de sentimentalismo, me fuí á la cama. Cuando á la mañana siguiente salí del camarote, el *Alberta* estaba fondeado frente á Trieste: una ciudad blanca y amarilla, que relucía al sol. Las gaviotas, en cantidad enorme, volaban sobre el puerto. Lady Sovereign apareció sobre cubierta vestida de blanca muselina, con un libro en la mano.

—¿No va usted á tierra?—le pregunté.

—No me interesa Trieste—respondió—. Es una ciudad amargada. Ya la conozco. Prefiero quedarme á bordo. Vaya usted con el barón de Winterberg. El, como buen austriaco, la hará los honores.

Winterberg se inclinó satisfecho.

Mistress Lewis, que nunca se daba á luz antes del almuerzo, hizo una entrada algo teatral, como de costumbre. Todos nos asombramos de verla tan madrugadora.

Venía vestida de negro, con toca del mismo tono y un disparatado ramo de orquídeas amarillas sobre el pecho. Sus ojos húmedos, agrandados por la ponzoña, parecían mayores y más lúcidos, bajo los fúnebres velos.

Aunque estábamos acostumbrados á sus efectos escénicos, nos quedamos un punto suspensos. Era

la primera vez que veíamos á la dama envuelta en tan terroríficas vestimentas.

—Me he puesto á tono—dijo sonriendo—; vamos á visitar el Palacio de Miramar.

He hecho desembarcar el automóvil. ¿Quién viene?

Las otras señoras de á bordo renunciaron. Estaban deseando perder de vista á la extravagante americana, y esta visita en su compañía al Palacio que encerrara los pesares de la Emperatriz Carlota no las seducía. Dos ó tres caballeros, entre ellos el enamorado Montmorency, deseoso de enterarse con historias de amor, formamos el cortejo de mistress Lewis.

Saltamos á tierra entre la expectación de marineros y golfos; almorzamos en un hotel de Trieste, ni mejor ni peor que los de todas partes, nos encaramamos al automóvil, y en marcha.

La carretera se aleja de la ciudad en dirección á la montaña. Pronto, y ya á buena altura, divisamos el mar, que allá abajo, á nuestros pies, se extendía inmenso y azul. El mar, desde lejos, pierde su aspecto terrible para no ser más que una sábana celeste ó verde, donde albean las velas de los barcos pesqueros y ponen una nota oscura los grandes vapores.

En una cima de las rocas, enfoscado entre la ramazón de un viejo parque, columbramos el Castillo de Miramar, aquel que construyera el Archiduque Maximiliano, contralmirante de la Marina austriaca á la sazón, después Emperador de Méjico.

Mistress Lewis creyó desmayarse de emoción al pasar la verja de entrada. Montmorency tenía lágrimas en los ojos. ¿Por qué? El edificio, construido en 1854, es una especie de castillete vulgar, amueblado con el mal gusto de la época, el parque, un vergel, florido por aquellos últimos días de Septiembre, en que le contemplamos, es



uno de tantos bellos jardines como existen en esa prodigiosa costa que empieza en Venecia y continúa, plena de hermosuras, hasta la isla de Corfú.

¿Por qué lagrimeaba Montmorency y perdía el sentido mistress Lewis? Porque las cosas, como los hombres, tienen un alma, y á pesar de su vulgaridad externa, Miramar evoca el hado adverso de los Hapsburgos, ese destino fatal que ba herido en el corazón frecuentemente á la centenaria y nobilísima estirpe.

Así como el palacete de *Maeyerling* sugiere la ensangrentada figura del Archiduque Rodolfo, asesinado de modo misterioso, y *Schönbrunn* recuerda al malaventurado Duque de Reichstad, y la *Hofburg* hace pensar en José II, desengañado, y el *Achileon* resucita á la dulce Isabel de Baviera, Emperatriz de Austria, muerta trágicamente en Ginebra, el Palacio de Miramar nos lleva al drama de Querétaro.

Todos los Palacios Imperiales de los Hapsburgos están ensombrecidos por recuerdos.

En este Palacio de Miramar pasó sus mejores días el Archiduque Maximiliano de Austria, recién casado con la Princesa Carlota, nieta de la Reina María Amelia. Carlota, ambiciosa y aventurera, se dejó tentar por el sueño de fundar un Imperio en Méjico, que con miras políticas alentó Napoleón III.

No parece que el Emperador de Austria juzgara la empresa factible, ni que diera de buen grado su beneplácito al vástago hapsburgués, hombre de carácter apacible y bonachón, que se había hecho notar como sensato en la administración pública.

Sólo una voluntad decidida ó la fuerza irresistible de un sino inexorable pudieron arrancar de su beatitud al Archiduque Maximiliano. Esa voluntad, que se aliaba inconscientemente al Destino, fué la Princesa Carlota.

A Méjico fué el joven matrimonio, protegido

por bayonetas de Francia. El principio de la aventura mintió albricias. Carlota escribe á su abuela: *El aspecto de Veracruz me gusta extraordinariamente. Es una especie de Cádiz, á la oriental. El país es bellissimo. Si usted viera el paisaje desde mis balcones, pensaría que estaba frente á Palermo ó de la llanura de Bagheria. Esto recuerda mucho á Europa en genral y á Italia en particular. Max (el Emperador Maximiliano) dice que jamás vió en sus viajes nada tan hermoso como el panorama de Chapultepec.*

Y en otra carta: *La regeneración y la felicidad de una nación valen la pena de hacer el viaje. Tenemos una enorme tarea que realizar, pues todo está aquí sin hacer. Pero los progresos son ya grandes y el país está con nosotros. La actividad nos conviene. Somos jóvenes.*

Ayer—dice más adelante—hemos paseado á pie por el paseo de la Viga, saludados por las aclamaciones más entusiastas. No se podría pasear uno así en Europa, sin agentes de Policía.

En el campo, el patriotismo mejicano se resistía fiero. Hasta la Emperatriz Carlota llegaban sólo ecos cortesanos. Allá lejos continuaba, sin embargo, la lucha exacerbada y cruel. Cierta día, el Emperador Napoleón III, considerando fracasada la empresa, pensó en repatriar á sus soldados, aquellos bravos franceses que sostenían el vacilante Imperio trasatlántico. Era la ruína, el desastre.

Carlota no cede; animosa, atraviesa los mares para pedir amparo á los Soberanos de Europa. Cuando desembarca, su calvario es horrendo.

En las Cortes le vuelven la espalda ó no la reciben. Napoleón III le hace sufrir antecámaras y luego se muestra á ella impenetrable y frío, tal como lo pintan los historiadores en días de reconcentrado ensimismamiento. Las semanas pasan; Carlota piensa en el ensueño imperial amenazado, en su marido, que es preciso socorrer sin demora, si se ha de acudir á tiempo. En vano llora, suplica, amenaza. Ni su cólera, ni su or-

gullo, ni sus lágrimas desesperadas consiguen nada.

El Imperio de Méjico está condenado á muerte. Carlota escribe á su amiga la Condesa de Grúne: *Reza por mí y por Méjico. He dejado allí las cosas susceptibles aún de arreglarse; pero aïtas voluntades de este lado del Atlántico han decidido otra cosa. Yo cumpliré mi deber en todo caso, y el Emperador también.*

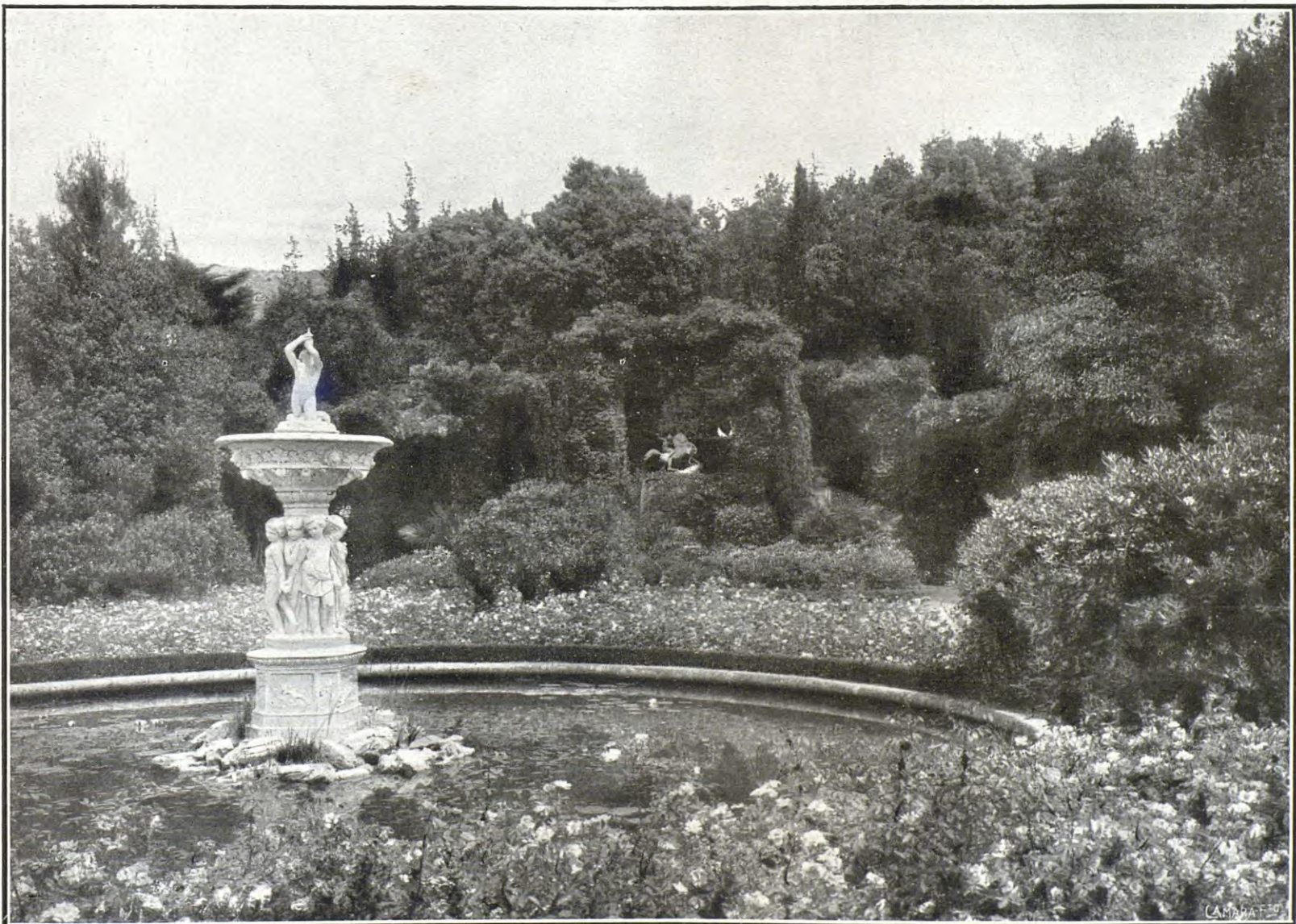
Ante los ojos de la Emperatriz se abría ya el espectáculo de la tragedia que ella ha provocado con su ambición y que no puede evitar. La vida de Maximiliano y su solio están en manos de alguien que podría salvarlos, si quisiera, pero ese alguien no quiere.

Algunas semanas más tarde de haber escrito la triste carta á la Condesa Grúne, Carlota de Méjico pierde la razón. Y el 19 de Junio de 1867, Maximiliano, prisionero de sus enemigos, era fusilado en Querétaro. Todo un disparatado ensueño aventurero de grandezas acaba en muerte y locura.

La Emperatriz Carlota vive todavía. Las olas azules del mar Adriático que contempló en los días calmosos y felices, siguen besando á su vista los acantilados de Miramar. La historia ha cerrado el círculo. Lo que fué vuelve á ser. Dicen que la pobre loca ha olvidado por completo á Méjico y á Querétaro, y que insensible mira durante horas interminables el ir y venir de las olas como un ritmo que marca el de su corazón.

Ni mistress Lewis, ni Montmorency, ni yo, ni ninguno de nuestra pandilla, pudo atisbar á la Emperatriz trágica. Pero el castillo y el Parque añoso están tan llenos de su espíritu sespiriano, que al abandonarlos con rumbo á Trieste, íbamos todos conmovidos. Habríamos dicho que acabábamos de contemplar los dolores de la Emperatriz Carlota y no el Palacio de Miramar. Miramar no es un castillo, es una historia.

MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTIN



Artística fuente de los jardines del palacio de Miramar



# DESDE PARÍS LOS NUEVOS RICOS

La guerra, esta mala hembra que en Francia y fuera de Francia empobreció á tanta buena gente y redujo á pavesas las alas de oro de tantas fortunas, tuvo, en cambio, este capricho de ramera: enriqueció, en Francia y fuera de Francia, á no pocos «profiteurs» ó *aprovechadores*, como aquí se los llama, cubriendo con tal eufemismo—velo de la cortesía francesa—la palabra dura y cruda que todos conocéis y que huelga pronunciar, ya que no suena bien en un diálogo entre personas decentes.

Los *aprovechadores* son, pues, los nuevos ricos nacidos en el pudridero de Europa. Se arrastraron; subieron; se instalaron, al cabo, en lo alto de la gigantesca gavilla humana cosechada por la muerte, y medraron; medraron del pan que amasó el dolor de los hombres con el llanto de las mujeres, pan de maldición...

Con las pavesas á que el incendio redujo las alas de oro de tantas fortunas, los nuevos ricos tejieron sus propias alas; pero estas alas son negras, y todo el esmeril del mundo no podrá restituirles su primitivo y luminoso color. A lo más, y en fuerza de resregones, esas alas brillarán con el reflejo metálico y siniestro de un carbunco.

Los nuevos ricos serían abominablemente trágicos si al mismo tiempo no fueran prodigiosamente ridículos.

ooo

¿Recordáis las admirables, hilarantes escenas del «Bourgeois Gentilhomme» de Molière?... Al correr de ellas, Monsieur Jourdain, el burgués ignorante, padece delirio de grandezas y locura de vanidad... Quiere quebrar la dura corteza de estupidez y de vulgaridad que le envuelve, y salir de ella refinado, ingenioso, ennoblecido... Quiere ser un «gentilhomme», un hidalgo mundano.

Monsieur Jourdain convoca á una legión de profesores, y de ellos quiere aprender, en breves lecciones, las ciencias, las artes y las letras; la gentileza del lenguaje y la galanura del gesto; la composición de un madrigal y el ardid de una estocada...

Monsieur Jourdain, con sus muecas de pretendida elegancia, nos hace reír porque tiene la gracia clownesca de un elefante que tratara de bailar una pavana...

Pues bien, hay en todo nuevo rico un Monsieur Jourdain, sin otra diferencia que la de ser el burgués de Molière un perfecto, pero muy honrado insensato, en tanto que, por lo general, los nuevos ricos no son del todo insensatos ni perfectamente honrados.

Por lo demás, la comedia es la misma.

ooo

Monsieur Jourdain se llama hoy Monsieur Durand, por ejemplo; y este Monsieur Durand,

que en Agosto de 1914 veraneaba en un sexto piso, recociéndose bajo las pizarras de su *mansarde*, y que para celebrar las fiestas comía, con Madame, en un *restaurant* de á un franco cincuenta el cubierto; este Monsieur Durand habita ahora, en los Campos Elíseos, en la Estrella, ó en Passy, un soberbio principal con todo *confort* moderno, con muchos espejos, muchos dorados, muchas plantas artificiales, muchos

antes, cuando ejercía el ministerio de la economía doméstica, sólo mudaba de camisa los sábados, olvida que para bien parecer en su nueva condición ha de cambiar de ropa interior todas las mañanas. Y con harta frecuencia quedan, inútilmente dispuestos sobre el diván del cuarto de baño, la «combinación», la enagua, el cubre corsé y las medias, espuma de batistas y brumas de seda que la doncella prepara al llenar de agua perfumada la bañera, en la cual, por ende, Madame no cuida de sumergir sus otoñales encantos de mujer *au détour de l'âge*...

Por su lado, Monsieur, á pesar de toda su buena voluntad, tampoco consigue habituarse á ciertos usos y detalles de su nueva vida.

ooo

Pero la grande, la insuperable dificultad con la que tropiezan Monsieur y Madame Durand, el sésamo cerrado y sordo á todos los conjuros del dinero, es el «chic»; ese íntimo y personalísimo «chic» que para ser completo no sólo ha de estar en las personas, sino también y sobre todo en las cosas; en el libro que se lee, en las flores que se prefiere; en la sonata abierta sobre el atril del piano y en la armonía de los colores diversos que la luz acopla y funde como el amor las almas...

Para alcanzar este «chic», Monsieur y Madame Durand creen haber descubierto un camino que es el de todas las tiendas de anticuarios que hay en París. Llenan su casa de reliquias, parécenles á los nuevos ricos medio ingenioso de usurpar la nobleza y el buen gusto á los próceres que un tiempo las poseyeron.

Y al hilo de la mansa corriente de sus ocios, Monsieur y Madame Durand peregrinan al través del Faubourg Saint Germain y del Faubourg Saint Honoré, y se extasían ante una consola Primer Imperio, que aún huele á cola fresca, y ante un sitial gótico, cuya madera retoñaba hace dos años...

Nunca, de memoria de mercachifle, se vieron compradores menos duchos en materia de autenticidad, ni mejor dispuestos á dar por buenos y corrientes los peores y más absurdos precios.

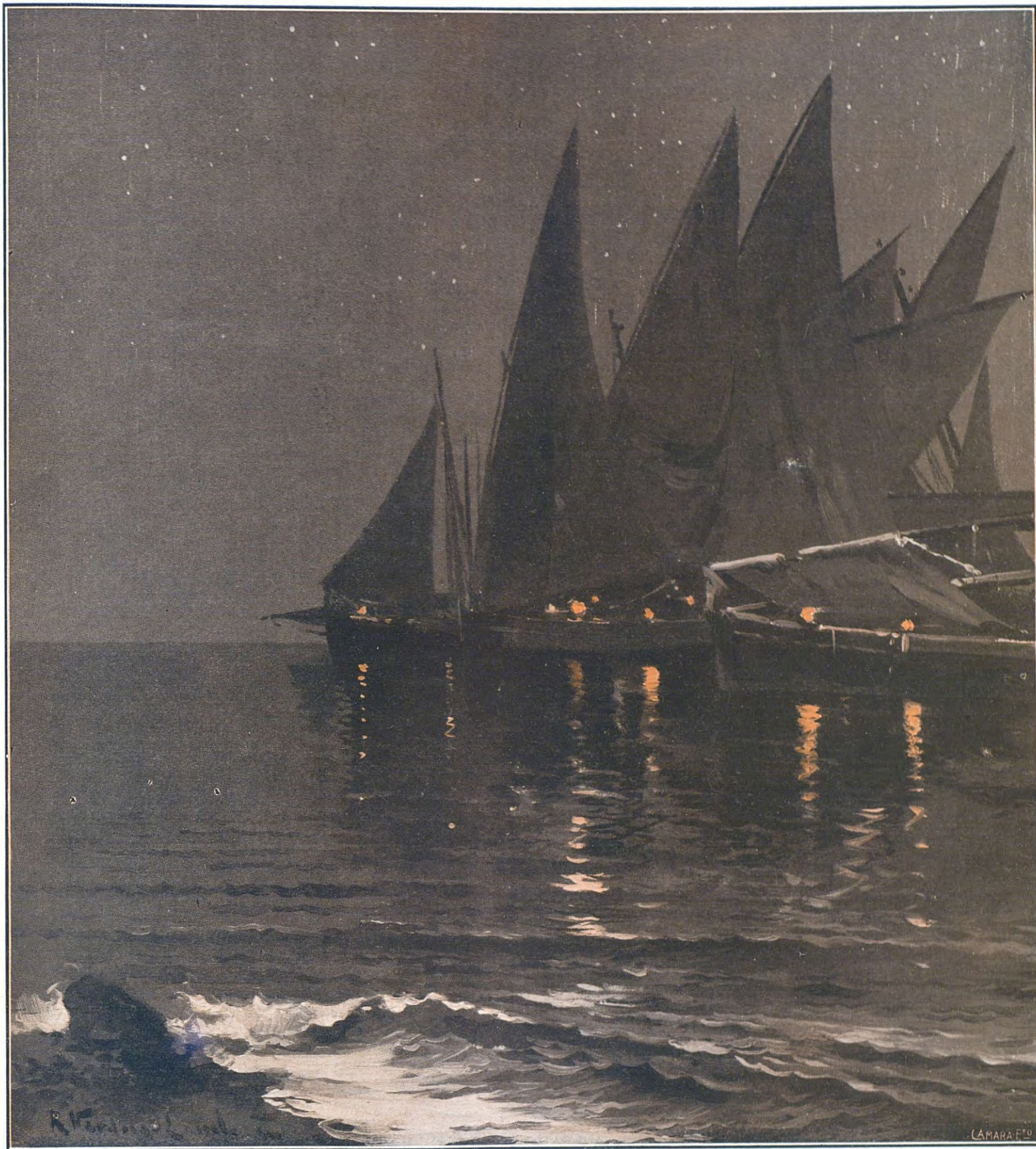
De tal modo, ocurre que en medio de estas disparatadas adquisiciones con que atestaron su casa, los nuevos ricos más que tales parecen antiguos preñeros. Y el indispensable loro que para su distracción personal ha comprado Madame Durand, puede cantar la Marsellesa, encaramado sobre una «psyché» ante la cual es fama que se peinó la reina María Antonieta, sin que el mueble, construido por las pecadoras manos de un ebanista de la Tercera República, se descoyunte bajo el peso de una tan legítima como noble indignación...

ANTONIO G. DE LINARES

DEBUJO DE ECHEA







## NOCTURNO

Bajo el cielo estrellado  
la tierra está en reposo, el mar callado.  
De un enjambre de lanchas pescadoras  
parpadean las luces á lo lejos,  
bordando el negro manto de las aguas  
de undívagos reflejos.  
Y es grato el tibio aliento de las ondas,  
la suave brisa, que al besar mi frente,  
desde el hondo misterio de la noche  
trae recuerdos de la patria ausente;  
extrañas añoranzas,  
olvidados amores, esperanzas,  
y ese infinito anhelo  
que sólo punza nuestras almas presas  
cuando miran, sedientas de promesas,  
la inmensidad del mar ó la del cielo.  
¿Qué buscará mi alma,  
incansable vigía,

oteando el monótono horizonte  
de su melancolía?...

Estoy solo... Estoy solo  
y puedo deshojar con mano incierta,  
sin que ajenas miradas la profanen,  
la mustia flor de mi esperanza muerta.  
Y arrojando mi máscara impasible,  
burlarme sin piedad de lo que es duelo,  
y llorar tiernamente lo risible.  
¡Estas lágrimas mías,  
que elabora un amargo escepticismo,  
tienen dulzuras de lejanos días!...

Del ámbito social, mar de egoísmo,  
me aparto receloso...  
¡Ay, si sus turbias olas me arrebatan  
lo que aún guardo de noble y generoso!

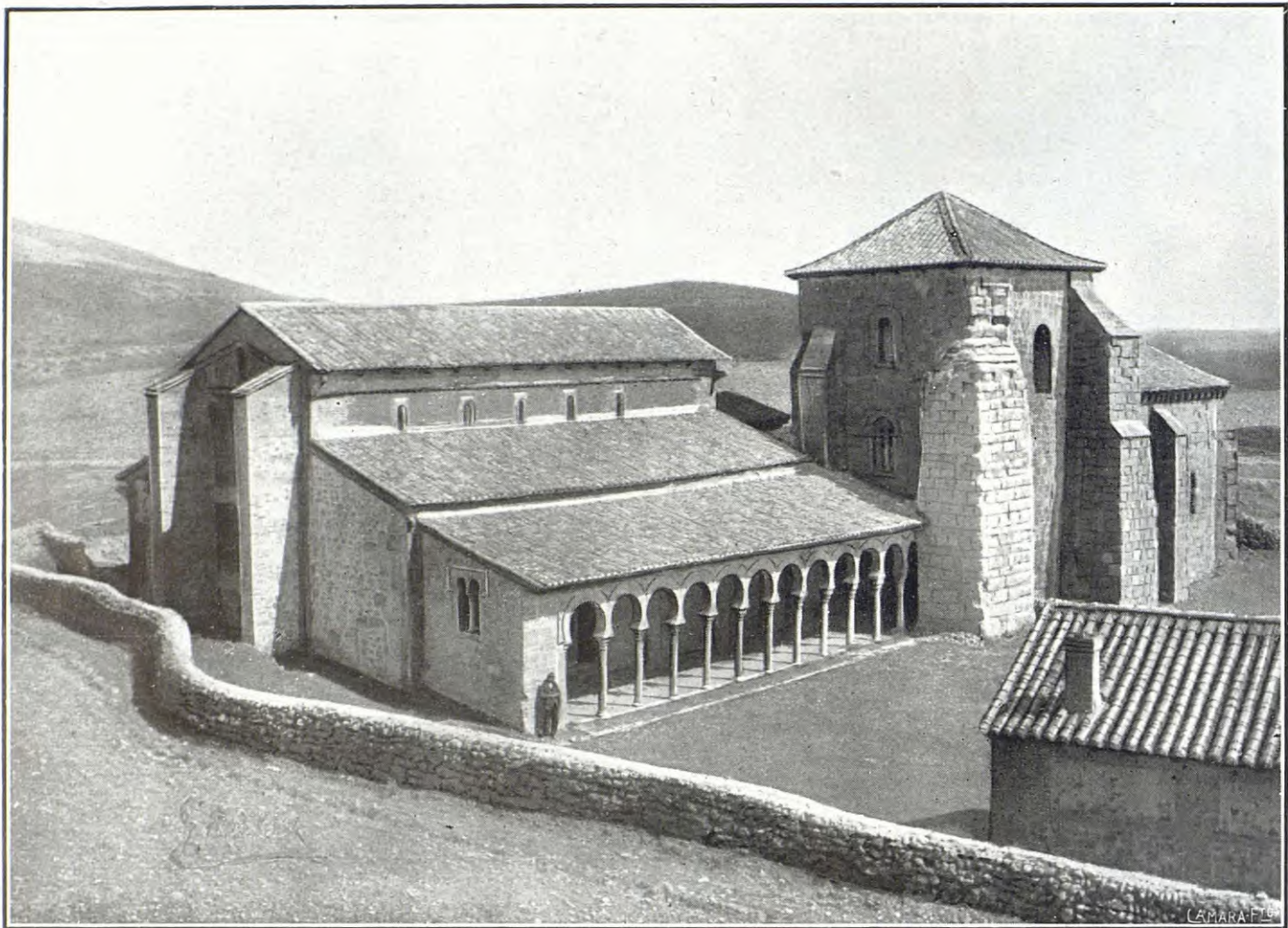
Y así, sordo á la voz de Anacreonte,  
mudo para expresar una plegaria,  
voy apurando como amargo vino  
mi anónima existencia solitaria.  
A veces me acaricia  
el pensamiento de acabar con ella:  
desde el fondo enigmático del cielo  
me contiene el temblor de alguna estrella...  
Hay que vivir; suprema voz lo manda;  
pues, ¡á vivir!; pero á vivir de prisa.  
¡Falta saber si al acabar se empieza!...  
Finjamos una máscara de risa,  
¡y á embozarme de nuevo en mi tristeza!

MANUEL VERDUGO

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



# POR TIERRAS LEONESAS SAN MIGUEL DE ESCALADA



Vista exterior del antiguo Monasterio é iglesia de San Miguel de Escalada, hoy monumento nacional

MONASTERIOS abandonados y desiertos en las márgenes de los ríos claros y lentos abundan por tierras leonesas: Santa María del Cister, San Pedro de Esclonza, San Miguel de Escalada... Los frailes silenciosos y ascetas eran sin duda en la Edad Media los únicos españoles que tenían el sentimiento del paisaje, ese sentimiento del paisaje que, según *Azorín*, está ausente de toda la literatura castellana del siglo de oro. Sin duda la abstinencia y privación de los goces terrenales hacía a los monjes refugiarse en la contemplación de la Naturaleza y, a falta de otros placeres, sentían el placer de contemplar desde las soleadas galerías de los conventos una huerta frutal, una alameda rítmica, un río claro y lento, un valle frondoso, una fértil vega, un horizonte extenso cerrado por una cadena de montañas...

Bien se advierte este amor a la tierra, a los frescos bosques, a los claros ríos, a los verdes prados en la elección de parajes que hacían los fundadores de monasterios. Los edificios monásticos de aquella época se distribuyen las más admirables porciones de paisaje; no sólo paisajes bellos, sino sustanciosos, por decirlo así; paisajes de tierras fértiles, escogidos con un criterio utilitario, no sólo con vistas a la belleza, sino a la productividad; paisajes de gayas y verdes notas que dan animación a los sentidos y refrescan la mente... Y cuanto más severa y rigurosa era la regla profesada, más bellos eran los alrededores del monasterio y más propicios a la contemplación los paisajes circundantes, como si quisiese dulcificarse la aspereza y austeridad de la vida interior con el regalo de las bellezas naturales...

Así nos lo expresa muy claramente el conocido dístico latino, sobrio, conciso y bello que nos enseña que San Bernardo amaba los valles, San Benito los montes, San Francisco las poblaciones pequeñas, y San Ignacio y sus hijos, los S. J., ¡ah, los muy ladinos, con su afán de proselitismo!..., las grandes ciudades...

*Bernardus valles, montes Benedictus amabat oppida Franciscus, magnas Ignatius urbes...*

San Bernardo y San Benito representan, pues,

la tradición poética en las instituciones monásticas. Ellos dejan a los hijos de San Ignacio la misión de evangelizar en las ciudades, de catequizar a las damas a hurto de sus esposos, de hacer propaganda intensiva... A los hijos de San Francisco dejan también la limosna, la caridad, el confesonario en las pequeñas poblaciones—*oppida*—, en los pardos pueblos de Castilla ó de la Mancha, donde se alzan los conventos franciscanos, sombríos, oscuros, severos. Y ellos se van a las altas montañas y a los ríaseños valles a contemplar los frescos regatos aldeanos, las tierras de labrantío, los prados de hierba mutilada y jugosa, el ritmo lento de los claros ríos...

San Benito amaba los montes, y en las estribaciones de las cordilleras, ó al descenso de una loma, solía edificar sus monasterios. De este tipo es el monasterio de San Miguel de Escalada, que, severo y abandonado, se yergue hoy al pie de una colina, dominando una ancha y dilatada vega. En tierras leonesas, el fenómeno se repite; conforme el Esla va descendiendo de las altas montañas a las fértiles vegas, aparecen entre alamedas frondosas, a orillas de los claros ríos de ancho y lento curso, cantando su canción inmortal, los monasterios inmortales también, de evocación y de prestigio, aunque la incuria de los hombres ó la mudanza de los tiempos los hayan aislado y despoblado.

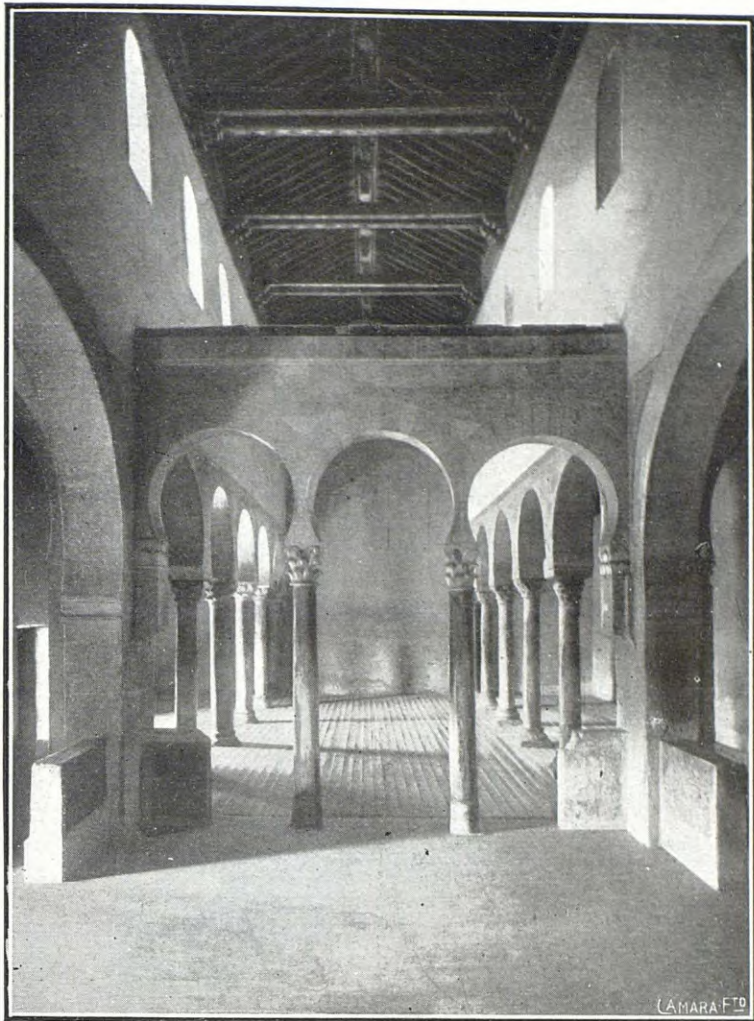
Salimos de León en una clara tarde otoñal. La excursión a San Miguel de Escalada es larga, aunque curiosa, por la lisa y arbolada carretera de Castilla, que luego se bifurca en Mansilla de las Mulas. Aquí vamos, en un rauda automóvil, este hombre jovial y ruidoso que se llama Mariano Andrés, que centuplica sus energías, que ha sabido alternar la actividad financiera y el comercio con las bellas letras, que después de despachar notas bancarias tiene tiempo de componer poesías delicadas, sentimentales y todavía le sobra espacio... para algo más también difícil de explicar; este hombre que trae una vida intensa y agitada como no se suele hacer en estas quietas provincias españolas, encendiendo el sagrado fuego de la juventud li-

beral, realizando elecciones por sí solo, y a la vez, entendido en finas rimas y en finas mujeres; y este mozo culto y aplicado que se llama Carlos Merino, a quien su brillante posición no deslumbra para hacerle haraganear, y que estudia griego, numismática y arqueología, preparándose a una de las culturas más extensas que tendrá la política española dentro de unos años, unida a una de las capacidades más sólidas y firmes... ¡Aquí, donde los hijos de ministros no estudian más que cuquería y gramática parda y *arrivismo*, como ahora bárbaramente dicen, este mozo que habla alemán é inglés a la perfección, que sabe español y de literatura universal, es realmente un prodigio sin segundo!...

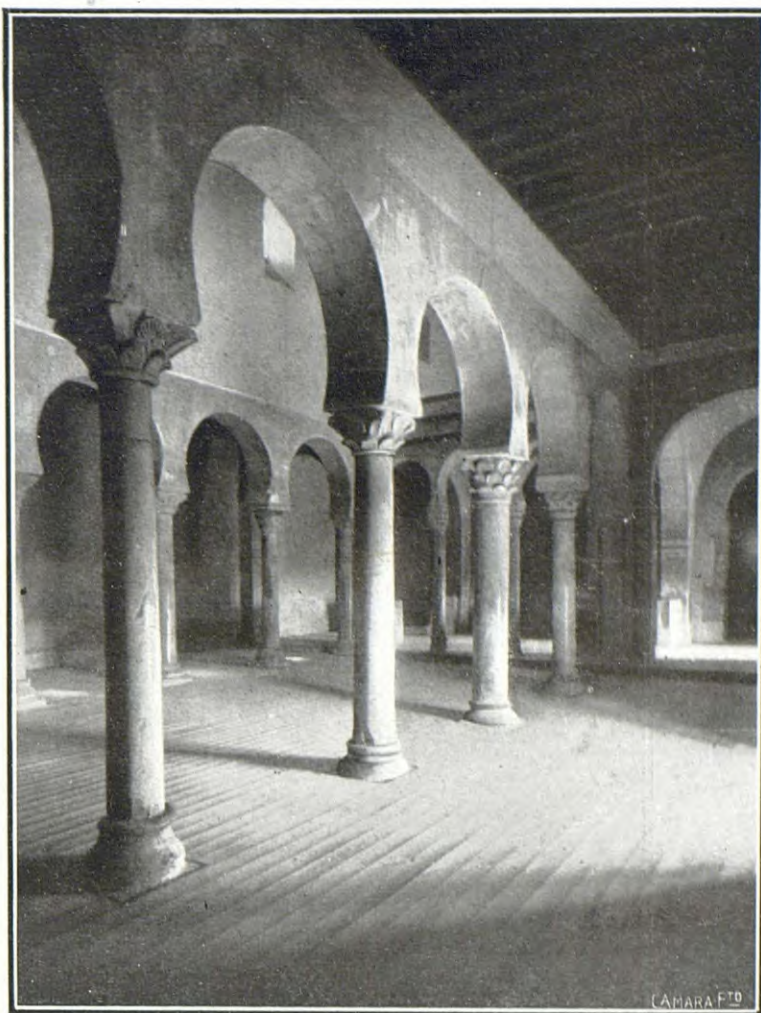
... Después de caminar durante una hora por ancha carretera que bordea acacias y chopos lombardos; después de dejar atrás, escondidas entre una loma, las ruinas de la ciudad romana de Lancia, de donde tantos testimonios de la época de los procónsules han surgido, y cuyo nombre evoca Palacio Valdés en alguna de sus novelas, atravesamos Mansilla de las Mulas. ¡Romántico pueblo con su cintura de murallas almenadas, amarillas y terrizas murallas que el río claro besa y cuya contemplación al regreso, con el claro de luna argentando las aguas del río fué uno de los más bellos espectáculos que he disfrutado en mi vida!

El monasterio de San Miguel de Escalada, digno compañero del de San Pedro de Esclonza, que está a una legua al poniente, se ofrece a la vista en mucho circuito a la redonda. Severo, sobrio, ascético, es uno de aquellos monumentos más prestigiosos de la era arquitectónica románica de los dominios castellanos leoneses, que resultó, como dice Lampérez, una gran síntesis de todas las escuelas cristianas de la época. Pertenece al tipo de arquitectura románica de ladrillo que comienza con la historia del arte cristiano español, aunque no se conozca ningún ejemplar visigodo. Es el equivalente arquitectónico de la iglesia antigua de Sahagún. Este monasterio existió desde el siglo vi; debió ser destruido en la invasión mahometana, y en el siglo ix los monjes cordobeses, que escapaban a





Interior de la iglesia de San Miguel de Escalada



Un detalle del Monasterio de San Miguel de Escalada

las persecuciones de ese Combes del siglo IX que se llamó Abderramán II, establecieron allí bajo la protección de Alfonso III el Magno y bajo la égida de un Abad homónimo del Rey. Calculó el erudito Padre Fita que comenzó la reconstrucción del monasterio en 20 de Noviembre del año 913, y que se consagró al año justo, el 20 de Noviembre del 914. En 1506 hicieron nuevas obras. El erudito Quadrados, al visitarlo, descubrió una lápida que reproduce en su obra monumental *España*.

Sus monumentos y sus artes.—Su naturaleza é historia (Tomo dedicado á Asturias y León, capítulo V, página 550). Supone el más experto juez en estas materias que el constructor de este monasterio fuese un tal Siviano, á quien menciona el Padre Flórez por aparecer su nombre en una lápida de San Pedro del Monte. (*Historia de la arquitectura cristiana en la Edad Media*, tomo I, D. L. pag. 467).

D. Eloy Díaz Jiménez, meritisimo arqueólogo leonés, publicó en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* (tomo XX), un magistral estudio dedicado á la inmigración de mozárabes en el reino de León. Estos buenos monjes de Córdoba que huían del Combes musulmán, traspusieron su mentalidad artística á la construcción de esta iglesia. Impregnaronla de influencias árabes, que les hacían evocar la mezquita—á la cual re-

cuerda á ratos San Miguel—y así la parda y vieja torre, gastada y caduca, de cuadrada conformación románica contrasta con la elegancia semita de los arcos del atrio y del interior de la iglesia...

Como fuese en aumento el número de monjes hubo de añadirse obra al monasterio en 1050. A mediados del siglo XII vinieron á poblarlo los canónigos de San Rufo, dependientes de la casa matriz de Avignon; pero duraron poco tiempo.

Les llamaron de Francia por los trastornos de aquel reino, y en 1246 abandonaron el edificio monástico, vendiéndolo al obispo de León en quinientos marcos de plata.

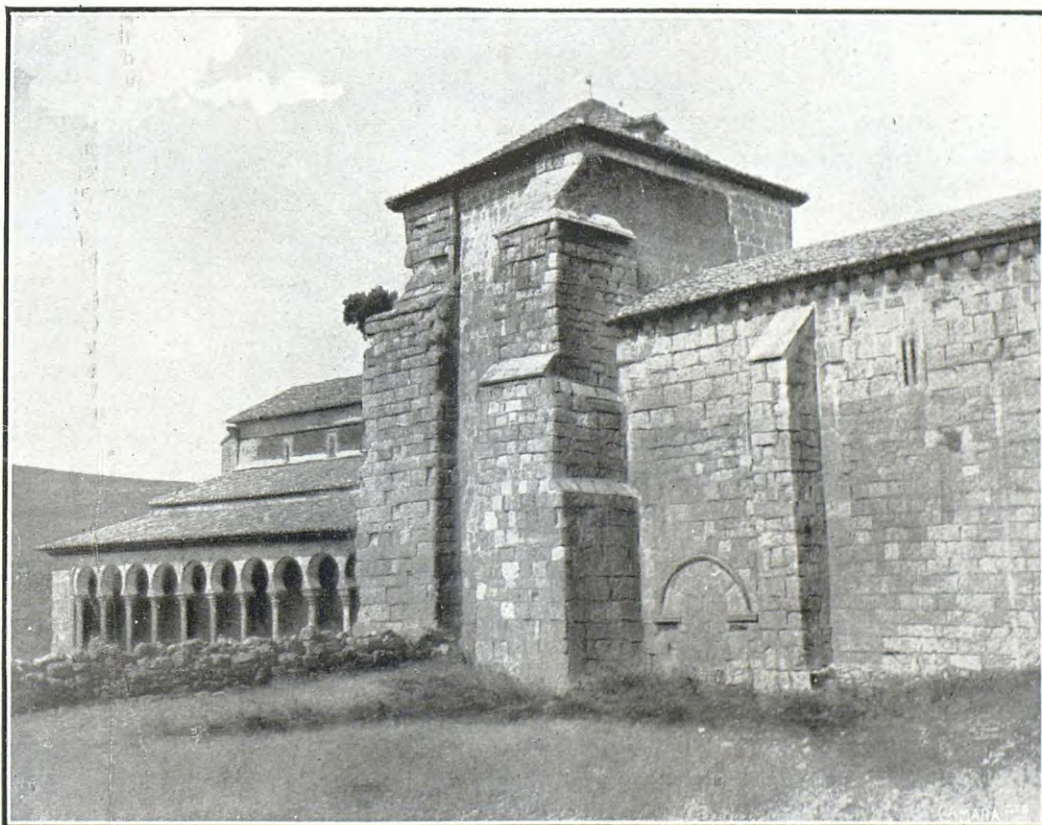
Luego los canónigos regulares de San Agustín fueron usufructuarios de esta maravilla arquitectónica que en 1886 fué declarada monumento nacional...

Carlos Merino, y yo, emocionados ante la grandiosidad severa del edificio, rebuscamos lá-

pidas de sepulcros, inscripciones latinas que apuntamos á medio leer: «*Hic sunt, reliquiae reconditae Sanctae Mariae, et Sanctae Ceciliae et Sancti Acicli et Sancti Christophori et Sanctae Columbae...*» Inscripción del altar antiguo que descubrió en 1874 la Comisión de Monumentos en una visita...

Sobre el arco de herradura desnudo y pequeño del portal, se descubre la fecha de 1050 y los nombres del Rey Fernando, de doña Sancha, del Obispo de León Cipriano y del Abad Sabarico. Por el suelo yacen capiteles y ricas piezas de ataurique bizantino más que árabe, como cuando lo visitó Quadrados... Y volvemos á León los tres al claro de la luna que argenta las murallas de Mansilla de las Mulas, emocionados por este monumento que es el perfecto tipo de la fusión latino-mozárabe y llenos de impresiones artísticas.

Andrés GONZÁLEZ-BLANCO



Otro aspecto del exterior del Monasterio de San Miguel de Escalada FOTS. DE GRACIA-LEÓN



# EL MADRIGAL DE LAS CEREZAS



Eran sangrientos rubíes  
las encendidas cerezas  
en el árbol florecido  
que vistió la Primavera.

Eran ampollas de sangre  
y como rojas estrellas  
bajo el sol resplandecían  
en el verdor de la huerta.

Eran corales prendidos  
entre las hojas inquietas,  
como á un cuello de alabastro  
se prende un sartal de perlas.

ooo

De los campos soleados  
musa peregrina y bella,

arrancabas los racimos  
con tus dedos de azucena,

y al resbalar por tus manos  
las encendidas cerezas,  
brillaban al sol de Junio  
igual que flores sangrientas.

Y tú reías, reías  
con risa sonora y fresca,  
con rumor de agua que corre  
saltarina entre las peñas.

ooo

También son rojos tus labios,  
manantial de risa eterna,  
como el coral encendidos,

temblorosos como estrellas.

Y porque son, cuando ries,  
como una rosa entreabierta  
bajo la luz de tus ojos  
al sol de la Primavera,

como un rubí todo fuego,  
como una herida sangrienta  
como un áscua entre las sombras,  
como una granada abierta,  
he de rimarte el divino  
madrigal de las cerezas.

José MONTERO

FOTOGRAFÍA DE E. PONTE



## CUADROS DEL TEATRO ESPAÑOL

El viejo y alegre cura del lugar, después de una sonrisa de complacencia y unos breves y reducidos consejos, ha despedido al *bululú* solitario que se aleja, carretera abajo, llevando en el hatillo que prende de su nudoso garrote todos los atavíos que le sirven de disfraz para sus rudimentarias farsas. Estas, hijas unas de su propia invención, otras de algún poeta famélico y huesudo que vendió sus obras por unos cuantos maravedises al primitivo comediante, se reducen á unas cuantas loas, unos pocos romances y muchas súplicas á la generosidad de los que oyen sus afectadas y pomposas declamaciones. ¡Qué auditorio aquel, de socarrones lugareños y zagalas enamoradizas y crédulas, el que premia el trabajo del *bululú* con una negra y caliente hogaza de rústico y campestre pan!...

A veces son dos los que se juntan para elevar á la categoría de diálogo el vulgar y arbitrario monólogo del *bululú*. Entonces se forma lo que en aquellos días llamase *ñaque* y que da lugar á que los hombres inquietos que no servieron al Rey, que no conocieron nunca señor ni dueño y que algunas veces tuvieron dimes y diretes con la torva justicia, que en ocasiones los persigue, recorran la Península, sembrando con aquel su errante vivir de atormentados los gérmenes del Teatro nacional, del glorioso Teatro español.

Las gentes los admiran; pero desconfían de ellos. Aquella independencia de su vida es algo que los desconcierta. Y llevan su hostilidad á los extremos de negarles sepultura en sagrado. Claro está que los así escarnecidos se vengan de sus perseguidores con venganza caballeresca. Enamoran á sus mujeres, por cuyo corazón tembloroso pasa el dulce amor del enigmático juglar como errante canción de felicidad que el viento lleva y el viento trae...

Un día sucede que una de aquellas predestinadas mujeres no vacila en unir su existencia á la del pobre cómico. Y lo sigue. Pero como hay que ganar la vida y auxiliar en su profesión al esposo—algo viejo y canoso ya—, la mujer toma parte también en el trabajo. Y es de este modo, como teniendo por base la familia, lo que empezó siendo fruto individualista y aislado se ha convertido sucesivamente en *gangarilla*, *cambaleo*, *boxiganga*, *farándula* y *compañía*, nombres tomados sucesivamente por la reunión de individuos consagrados á la piadosa tarea de distraer á los demás en las rudas luchas de la vida cotidiana...

Hemos dejado al viejo y alegre cura del lugar—antiguo estudiante ducho en honestas picardías escolares—á la puerta del imponente caserón que le sirve de domicilio. Con cierta melancólica envidia contempla la marcha del errante cómico. Cae la tarde. Y una ráfaga de aire trae de la cercana campiña el aroma primaveral y risueño de muchas flores y muchas frutas. Todo es silencio augusto y magno en el pueblo dormido. Y mientras la campana de la centenaria torre de la vieja fortaleza—en iglesia transformada y convertida—da los primeros toques de la oración, el buen clérigo jovial y anciano



"La carreta de la Muerte", del "Quijote"

—perdido ya de vista el vagabundo—vuelve á su hogar mascullando el «Angelus», que tanto habla á las almas viejas de la muerte próxima é inevitable...

ooo

Han pasado los años. Y otro cura joven ha sustituido al que gustaba de la conversación de los comediantes y al que tanto agradaban los romances alusivos á los misterios de la Religión. El cambio operado en las costumbres ha sido completo. Apenas se recuerda á los antiguos *bululús*, á los picarescos *ñaques*, á las viejas *gangarillas*, á los pueriles *boxigangas*. La *farándula* pasa montada en aquella infernal *Carreta de la Muerte* que vió Don Quijote y atribuló al bueno de Sancho Panza.

Las representaciones escénicas requieren ciertos menesteres que exigen otro marco más adecuado que el patio de algún cortijo, como antaño. El retablo de las maravillas surge; la vieja manta que ocultaba al pueblo los prestigios de los comediantes, crea el mundo nuevo de las interioridades de escenario. A los poetas macilentos y escuálidos han sucedido los Gil Vicente, Lucas Fernández, Torres Navarro, que ponen mayor precio á sus obras escénicas. Y á éstos el verdadero padre de nuestro Teatro: Lope de Rueda, nacido

en Sevilla en el primer tercio del siglo xvi, artesano dedicado al oficio de batihoja, que escuchando un día la voz de la ambición, abandona los trabajos habituales y se hace cómico y autor de comedias á un tiempo mismo, forma después una compañía, como posteriormente hizo Molière en Francia, y recorre las primeras poblaciones de España, y consigue, al llegar su muerte, como dice Cervantes, que «por hombre excelente y famoso lo entierran en la Iglesia Mayor de Córdoba», cuando siglo y medio después se negaba al ya citado Molière sagrada sepultura en su país.

ooo

La importancia dada por Lope de Rueda al Teatro nacional hace que se piense en tener edificios propios para las representaciones escénicas.

Los primeros se establecen en Sevilla y en Valencia—donde es mucha la afición gracias á los esfuerzos de Juan de Timoneda, editor y continuador de Rueda—, siguiendo luego Madrid, donde se destinan dos edificios á la representación de comedias, uno en la calle del Sol y otro en la del Príncipe.

Otro pequeño detalle faltaba para dar mayor relieve y popularidad al Teatro: los carteles anunciadores. Y en efecto, los vemos aparecer en Granada en 1600, gracias á la feliz iniciativa de un cómico llamado Cosme de Oviedo, autor de aquella innovación que tantas utilidades reporta en nuestros días y que pegaba ó fijaba él mismo en los sitios más visibles de la población por carecer del talismán tan refiado siempre con los seres consagrados á las Letras y á las Artes.

Este era, pues, el estado material del Teatro español antes de la aparición de Lope de Vega, llamado á transformarlo y á engrandecerlo.



LOPE DE RUEDA

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ



# DE NORTE A SUR

## En busca del hombre futuro

El profesor neoyorquino Roberto L. Garner ha emprendido una excursión en busca del hombre futuro. Le acompañan, entre otras personalidades científicas, los profesores Collins W. Furlong, de Filadelfia y Boston, respectivamente. El viaje es por cuenta del *Smithsonian Institute* de Washington, cuya espléndida colección zoológica se aumentará seguramente con nuevos é interesantes ejemplares después de esta expedición.

Como es lógico, el profesor Garner y sus compañeros, al acometer esta empresa de buscar al



"Jenny", célebre chimpancé del jardín zoológico de Londres

hombre futuro, no se han embarcado con rumbo á Europa. En Europa, la Humanidad, demasiado vieja, atraviesa una crisis fatal para la civilización. Se cumple en ella una regresión á los más feroces instintos. El hombre ha retrocedido hasta la bestia, y el porvenir que pueda brotar de las tierras encharcadas de sangre y podridas de cadáveres, de las ciudades escombrosas y de los odios enloquecidos, no puede ser muy halagüeño.

Así, pues, el Sr. Garner ha pensado hallar el futuro en la bestia, alentado por el éxito que obtuvieron los culpables en la guerra europea en su propósito, totalmente distinto del generoso y admirable profesor yanki.

La expedición se ha dirigido al «Africa virgen», como se decía en los ingenuos tiempos del romanticismo literario. Africa conoce ya al profesor Garner, y el profesor Garner conoce los misterios de Africa. En el *Smithsonian Institute* existen un gorila y un chimpancé capturados por él en anteriores viajes de investigación científica.

Porque del gorila y del chimpancé es de donde habrá de surgir el hombre futuro. No es ninguna



Cabeza de un gorila macho

novedad, porque hasta los académicos de Ciencias Naturales saben hoy que Darwin tenía razón. Pero la novedad y, sobre todo, la oportunidad de esta tentativa científica radica en que el profesor Garner sólo necesita unos cuantos años para lo que precisó centenares de siglos.

Es necesario que el hombre futuro, al acostumbrarse á no subir á los árboles, pierda también la costumbre de subir sobre los hombros de sus semejantes. Es necesario que el hombre futuro ignore lo que ya á fines del siglo XX llamaba el señor Max Nordau «mentiras convencionales».

Sería un bello sueño sustituir por gorilas relativamente educados los niños «bien», que ahora constituyen en el mundo el futuro de nuestra Humanidad. Porque entre un chimpancé y un jovenito de estos que bailan danzas exóticas y persiguen tobilleras en los cines y juegan á militar en los partidos políticos de diversas ideas, la elección no es dudosa.

Sin embargo, ¿tenemos derecho á arrancar de su vida fácil, feliz, por inconsciente y por natural, á los gorilas y á los chimpancés? ¿Merece esta vieja y podrida Humanidad que ahora, ahita de concupiscencias, de ambiciones, de maldades y de odios, se desangra en los campos de batalla, que se la salve, introduciendo en ella los libres habitantes de las selvas?

Este señor Garner del *Smithsonian Institute* de

Washington va á hacerles un flaco servicio á los pobres gorilas.

Recordemos algunos precedentes. Aun siendo imaginarios, estos precedentes son un desengaño más para nuestras utopías anticivilizadoras y una demostración palpable de la crueldad que comete el hombre queriendo despertar la adormecida inteligencia de los monos.

Se piensa en *El mundo perdido*, de Conan Doyle; en *El Libro de la Selva*, de Kipling; en *la Isla del doctor Moreau*, de Wells; en *el Balao*, de Gaston Leroux.

De todos estos libros, el que más honda amargura dejó en nuestro espíritu fué el último, por-



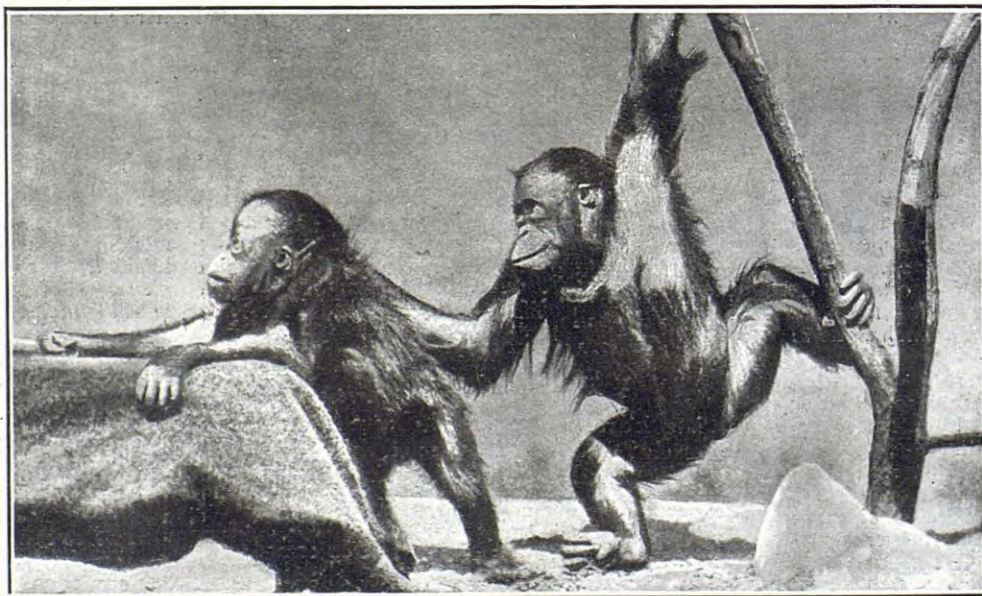
"Consul", famoso chimpancé de extraordinaria inteligencia

que en él la imaginación del novelista avanzó hasta los límites de la posibilidad. ¡Pobre y mísero *Balao* vestido de frac, con monóculo, estudiando en una Universidad y bebiendo champán entre parisinas cocotas! En torno suyo, los hombres y las mujeres le ofrecían ejemplos infames ó simplemente tristes.

Como el doctor Moreau de Wells, como el doctor Challenger de Conan Doyle, como el doctor, cuyo nombre he olvidado, de Leroux, este otro doctor de la vida real tendrá que confesarse vencido, después de capturar un pobre chimpancé y hacerle enfermar de la melancolía de sentirse hombre sin dejar de ser mono...

Y entonces será llegado el momento de buscar la salvación de la humanidad á la inversa. Enseñando á nuestros hijos, no las rutas de Europa, que antes de la guerra nos parecían las verdaderas rutas de la felicidad y del bienestar social, sino las rutas de Africa, con sus selvas donde el orangután aguarda, como un padre bondadoso y fuerte, la vuelta de los hijos pródigos y débiles...

JOSÉ FRANCÉS



Orangutanes jóvenes jugando



LA ESFERA  
PAISAJES ESPAÑOLES



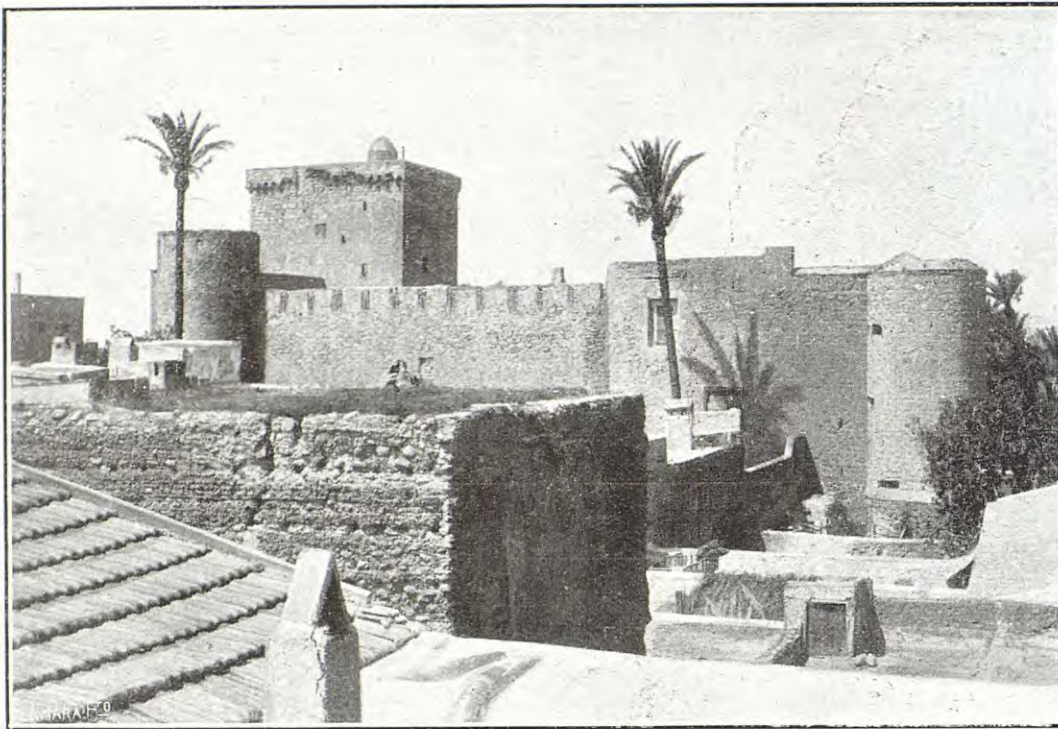
EL PICO DE TEIDE, EN TENERIFE, acuarela original de Bonnin



# ELCHE: LAS PALMERAS

**T**ODAS las guías invitan al viajero á detenerse en Elche. Unas le hablan de su industria, de la peculiaridad del paisaje, mientras que otras, con feliz atisbo sugerido por el deseo de economizar líneas, relacionan y casi confunden ambas cosas. Dicen—y tienen razón—que hay una fonda excelente, y huertos donde la Primavera se halla tan á gusto, que llega antes de concluir el invierno. Y de este modo, por varios incentivos, una corriente de turismo mana casi continua de las dos ciudades vecinas hacia el pueblo claro y armonioso de las palmeras.

Según se venga de Alicante ó de Murcia, el bosque de Elche sorprende en la distancia como una anomalía de la flora ó como un oasis en medio de la aridez de esta faja de tierra levantina que separa las montañas del mar. Cuando el tren detiene su marcha, después de haberla aminorado varios minutos, contagiado tal vez de la musulmana molición del bosque, y penetramos en la estación, un temor de desilusiones viene al ánimo: la estación es vulgar, y vulgar es el paseo que lleva hasta el centro. El encanto vuelve á poseernos en la plaza: una de esas plazas umbrías rodeada de soportales, por donde, en las tardes de días festivos, pasean mozos y mozas sin mezclarse, tratando, en vano, con el fuego de las miradas, de destruir aquella separación tradicional que proclama, tanto como las palmeras, la ascendencia morisca. Porque no será preciso empolvase mucho las manos en un archivo para encontrar los nombres ilustres de árabes é israelitas á quienes debe Elche



Elche.—Castillo árabe destinado á prisiones

su gloria. Acaso en algún rincón recóndito de África se guarden aún llaves de casas de este pueblo; acaso más de una vez jóvenes moras hayan soñado, merced á ese misterio agudo y repentino que trae al pensamiento, parajes y hechos de otras vidas, con el palmar undoso de Elche, con el tierno y abundante oro de los dátiles, con la cinta de mar que azulea á lo lejos. El atractivo de Elche no radica en monumentos aislados, sino en su paisaje, que es como el marco de su vida; paisaje que forma la atmósfera vegetal del pueblo y que cambia en cuanto por cualquier lado nos alejamos de él. Los monumentos, las esculturas, las pinturas, son las más de las veces riquezas gregarias en una ciudad, y á lo sumo, si se relacionan con su existencia, es por modo difícil y obscuro. Los artífices de este paisaje quisieron legar á su pueblo una belleza viva. El agua, cuya gracia está tan maravillosamente realizada en Granada, les faltaba aquí; les faltaban los roquedos ingentes y místicos de Toledo, y la amarillez de la tierra unida á una nostalgia ó á un presentimiento de África, les hizo soñar en un oasis. Como algunas ciudades andaluzas parecen una avanzada del trópico, este pueblo es en España un paréntesis oriental. Hay que recorrer pausadamente los huertos y detenerse á contemplar el panorama desde detrás del matadero, desde el primer rellano de la torre, desde la hondonada que salva un gallardo puente de un arco, desde el puente antiguo, protegido á cada uno de sus lados por sendas imágenes de la Virgen; desde este camino, bordeado de palmeras, donde el pensamiento adquiere un ritmo serio que evita toda dispersión. Es ya de tarde. Las largas tapias de los huertos brillan con un blanco calizo; flores de un rojo intenso y mate ensangrientan aquí y allá una enredadera; el suave color de las rosas y la nieve de los jazmines, pierden toda individualidad, absorbidos por los tres tonos dominantes: el terroso de los troncos, el amarillo luminoso de los dátiles y el polvoriento verde de los penachos, que se funden, que forman un todo sobre los huertos.

De vez en cuando, una palmera, rebelde á figurar en el cortejo, se lanza en un movimiento audaz que la distingue. Las hay altas y ágiles, que levantan el penacho sobre las otras, las hay oblicuas, las hay encorvadas, las hay casi rastreiras; algunas no han podido resistir lo difícil del movimiento y están ó tronchadas ó sujetas con un cable de acero que les va prolongando la vida.

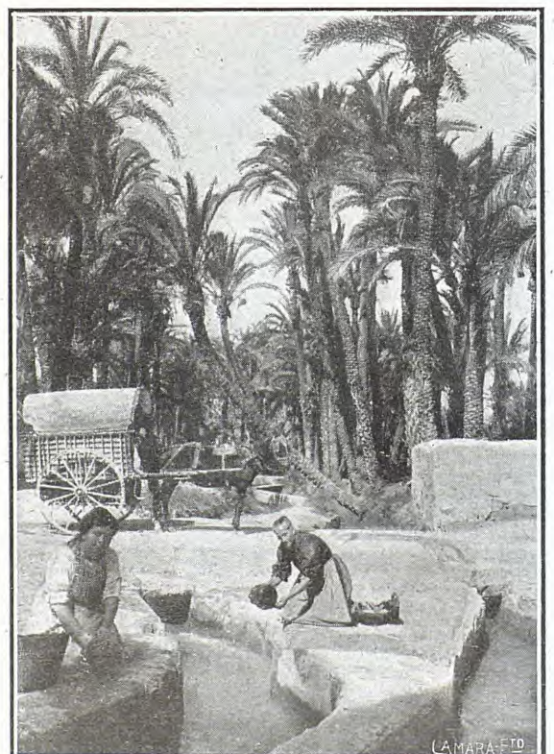
Muchas tienen nombre; por la miel de su fruto, por la elegancia de su actitud ó, más prosaicamente, por haber llamado la atención de un personaje. Si venís, no dejáros robar la atención viendo en el famoso huerto del cura ese pobre palmera encadenada, fea y obesa, que semeja un candelabro vegetal; fijáos en las altas, en las que toman actitudes casi humanas: hay una, inclinada hacia el mar, semejante á una mujer que dejara colgar su cabellera. Desde Villa Carmen se abarca el bosque casi por completo: brillan entre el ramaje los racimos de oro; allá lejos, entre la fronda, sobresale una cúpula... Y si de pronto viéramos una fila de lentos y encorvados camellos, ó

escucháramos cantar un moecín, no tendríamos sorpresa. Cuando de raro en raro—nos dice el amigo que nos guía—cae una llovizna, el paisaje se abrillanta, se desempolva y parece nuevo. Y para sustraerse á una pereza pensativa, tal vez á la herencia de los fundadores que vive aún bajo del palmar, hay que volver de prisa al pueblo y meterse en la sinuosidad de sus calles, todas activas, todas vivas de la misma industria.

Hay en la voz del amigo la sombra de un rubor cuando de esa industria me habla. Es soñador, adora á su pueblo y desearía que pudiera vivir de los dátiles. La industria de alpargatas le parece innoble, y rehuve hablar de ella como si envileciera el palmar. Casi es seguro que ha pensado con deleite en un nuevo florecimiento católico que permitiera á Elche vivir de las palmas benditas y pasear por cada ciudad española algo de su glo-

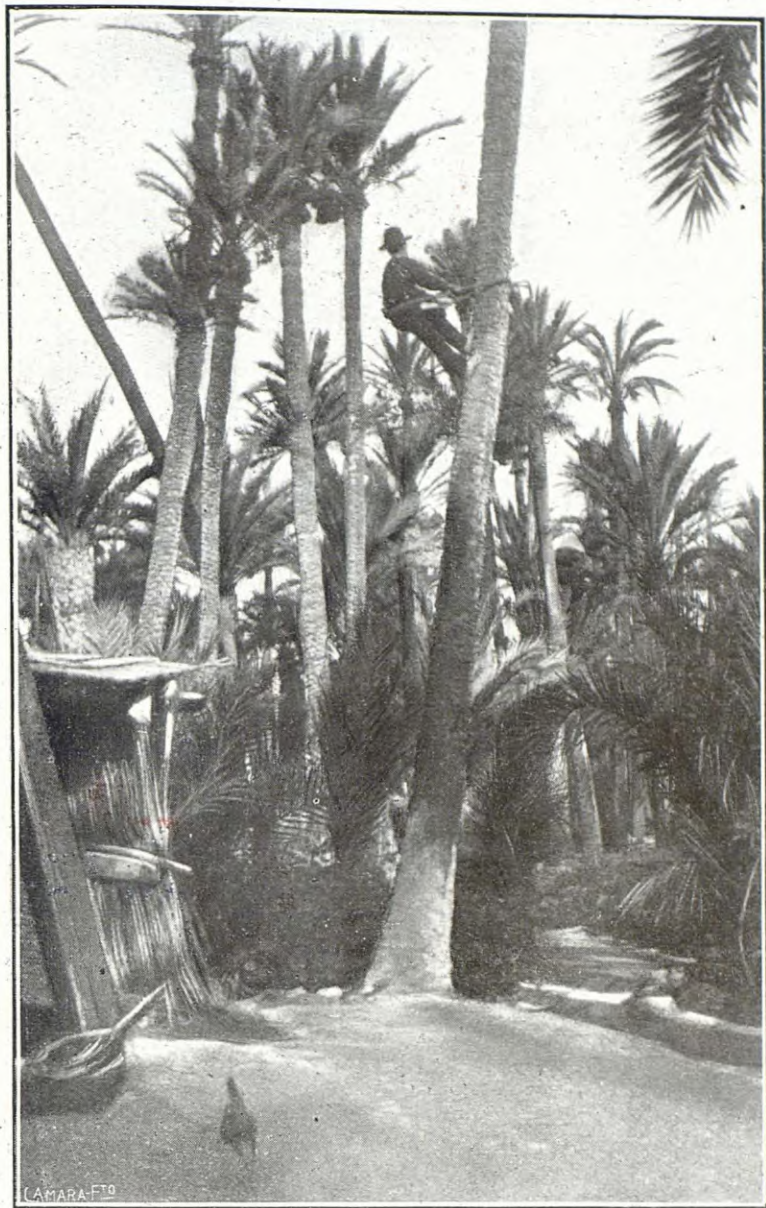


Una típica calle de las afueras



Paso de la carretera á Santa Pola





Un labrador trepando por una palmera



Palmera de siete brazos de la Huerta del Cura

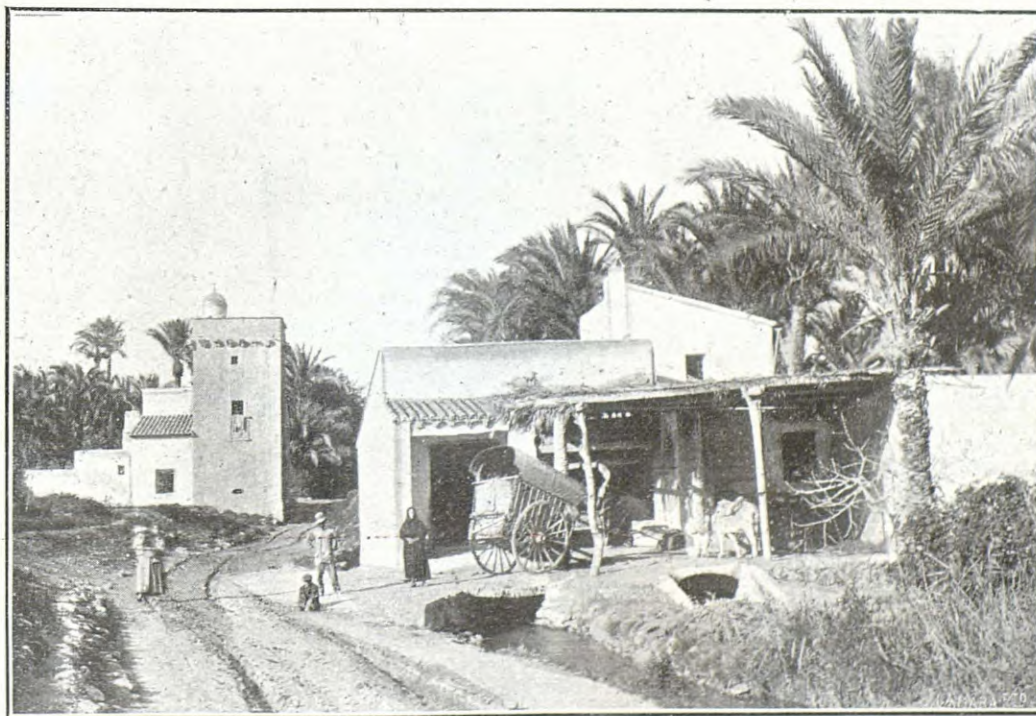
ria en la mañana gloriosa del Domingo de Ramos. No se detiene, para expresar este anhelo, á pensar que las palmas rubias del rito son palmas enfermas, palmas cloróticas, palmas estériles en torno á las cuales se teje una cubierta de esparto que las priva del sol; todo sería preferible á las alpargatas, dice rabiosamente.

Y yo le contradigo, primero por cortesía, y en seguida por convicción:

—Los pueblos que se dedican á una sola industria, obedecen á exigencia de su personalidad y á una superior ansia de perfeccionamiento. Conviene á las artes manuales ese estímulo que va aquí de padres á hijos, de casa á casa, y corre en las tardes de verano de una otra de las banquetas donde tejen delante de las puertas las recias suelas que han de medir luego los caminos. Es un placer edificante ver aunarse en la labor que da vida á un pueblo, á viejos y á niños, á mujeres y á hombres. Viene de esta comunidad de trabajos una estimación hija del exacto aprecio. No se avergüence usted de su industria. Humilde es la alpargata, pero á poco que se fije encontrará en ella hasta elementos

de poesía: la suela es de cáñamo, del cáñamo cuyos effluvis turban en la era á los labriegos jóvenes, hacen relinchar á los potros y ponen una nube de melancolía en los ojos de los pesados bueyes de labor; y la lona es hermana de la que sirve para las velas, de las que verá usted en las tardes muy limpias deslizarse allá, sobre la costa del mar, en triángulos aventureros.

Y el amigo, que desea convencerse, sonríe. El día se pasa rápido, porque no es Elche uno de esos sitios donde, para no desesperarnos, hay que cerciorarse á cada instante de que guardamos en el bolsillo el billete de regreso. Se gusta en este pueblecillo un momento de la sensibilidad española; podría derivarse de su paisaje más de una ideología y cuando el tren vuelve á pasar perezoso entre los troncos, y acelera la marcha, sentimos que se queda detrás una emoción, una emoción pura. La brisa de la tarde canta entre las frondas con un rumor largo y somnífero. El tren camina ya entre tierra calcinada. A lo lejos, sobre Elche, una bandada de palomas se hace de pronto luminosa en un último rayo de sol.



Una casa de campo

F. TS. VIVES Y GONZÁLEZ

A. HERNÁNDEZ CATÁ





## LA MARAVILLA DE LAS MARAVILLAS

PROFANACIÓN tras profanación, el hombre ha ido acabando con la belleza primitiva de la tierra, el cielo y los mares. Ya no hay ninfas en las grutas helénicas que perfuman madreselvas, ni las sirenas confían al viento el irresistible son de sus cánticos.

Al alejarse del universo, cada una de las categorías misteriosas y bellas de los seres fantásticos, dejó como estela un nuevo encanto de la creación. Por ejemplo, las nacaradas caracolas conservan el eco de las sirenas...

Ahora ha tocado a los gnomos el partir, el desvanecerse...

Sabida es la opulencia de los menudos pobladores de las selvas, los que ocupaban montañas de brillantes en sótanos inmensos.

Ya la mirada humana se acostumbró al paso de la maravilla por el azul, que el aeroplano y los proyectiles igneos han venido a engrandecer el cotidiano milagro del sol y las aves... Pues señor, hubo un conclave máximo de gnomos entre las formidables raíces del roble más grande del mundo... El emperador se acomodó al abrigo de una seta enorme y los principales dignatarios se adornaban con penachos de

muerdago... Parlaron los sacerdotes, los sabios, los poetas. Por fin todos llegaron a un acuerdo. Varios de los con urrientes trajeron en hombros una pastilla de *Jabón Flores del Campo*, la disolvieron, y luego lo raron hendir y redondear una pompa colosal... ¿No visteis vagar en las alturas un globo irisado y fragante? He ahí el modelo de un mundo nuevo, que nos ofrecen las diminutas brujas al emigrar a Jauja, donde los ríos son de *Cotonía Flores del Campo*... ¡Jauja, la sucursal de la *Perfumería Fioraía*!

DIBUJO DE PENAGOS